

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Estudios Sociales y Globales

Maestría en Estudios Latinoamericanos

Mención en Relaciones Internacionales

La configuración del discurso antipolítico como reacción a la crisis del sistema político

Estudio de caso de los talleres de liderazgo integrador de la Fundación Esquel

Ana Karina López Ramón

Tutor: César Montúfar Mancheno

Quito, 2017



Yo, Ana Karina López Ramón, autora de la tesis titulada “La configuración del discurso antipolítico como reacción a la crisis del sistema político. Estudio de caso de los talleres de Liderazgo Integrador de la Fundación Esquel”, mediante el presente documento dejo constancia que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título magíster en Estudios Latinoamericanos, mención Relaciones Internacionales, en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.

2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.

3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

Fecha:

Firma:

Resumen

El objetivo de este trabajo es el análisis de la antipolítica como reacción a la crisis del sistema de partidos a fines del siglo XX, una narrativa que ubicó a la sociedad civil como la gestora de la nueva representación política. Para ello realicé una investigación cualitativa del Programa de Liderazgo Integrador (PLI) (2000-2008), un proyecto enfocado en la creación de liderazgo social, dirigido por la Fundación Esquel. Así me aproximé al origen del relato según el cual la sociedad civil debe irrumpir en la política a través de los movimientos sociales, de las ONG de desarrollo, e incluso de los programas de cooperación. Los estudios sobre la conjunción entre representación y sociedad civil y la antipolítica circunscribieron la perspectiva académica.

Ante la crisis del sistema político ecuatoriano –con la destitución de tres presidentes en ocho años–, Esquel ubicó como el mayor problema para el desarrollo del país la ausencia de liderazgo social. Con el proyecto se trató de menguar la falta de representatividad de los partidos políticos. La tradición antipolítica ecuatoriana se articuló con ventaja en este espacio. En este confluyó además la corriente de la cooperación internacional para el desarrollo, en boga en la década de los noventa, que promovía a las ONG como agentes idóneos para implementar las bases del buen gobierno y de la gobernabilidad.

El PLI tuvo difusión en organizaciones y movimientos sociales, y sus integrantes se convirtieron en actores políticos fundamentales en las últimas décadas. Lo que se proyectó en el cambio de sistema político inaugurado con la Constitución de 2008. Un cuerpo jurídico donde se incorporaron dos nuevos poderes del Estado: el Electoral y la Función de Transparencia y Control Social. Este último representado en el Consejo de Participación Ciudadana y Control Social (CPCCS) que designa a todas las autoridades de control del Estado. La reforma significó la sustitución del sistema de partidos, basado en la representación, como eje de organización política por un sistema de representación directa.

¿Se fortaleció la democracia? El resultado fue el debilitamiento del Legislativo en favor del Ejecutivo. La supuesta participación directa derivó en un quebranto de la sociedad civil. Tanto que los creadores en la Constituyente se auto-reprochan por esta innovación, como lo declararon en las entrevistas para este trabajo.

Palabras clave: Antipolítica; representación; sistema de partidos, sociedad civil; ONG.

A la perseverancia

A mis hermanos

Agradecimientos

Este ha sido un largo camino por lo que agradezco a todos los que me han acompañado y que me incentivaron para continuar y terminar este trabajo y la maestría: mi familia y mis amigos.

Agradezco la infinita paciencia de César Montúfar, un gran profesor y tutor.

A Enrique Ayala que me permitió seguir después de una dilatada interrupción de mis estudios.

A Sandra Avilés por su apoyo constante.

A los lectores de este trabajo que con sus observaciones lo mejoraron sustancialmente.

A la Universidad Andina, sus profesores y sus cursos, extraordinarios motivadores intelectuales.

Tabla de contenidos

Introducción.....	13
Capítulo primero	
Una respuesta a la crisis.....	19
1. La sociedad civil: ¿una salida a la crisis?.....	22
2. El proyecto.....	23
2.1. La primera etapa: construir el concepto de “Bridging Leadership”	23
2.2. La segunda Etapa: el Liderazgo Movilizador aparece en escena.....	26
2.3. La tercera etapa: nace el Programa de Liderazgo Integrador	30
3. La influencia.....	37
3.1. El Liderazgo Integrador y los jóvenes.....	37
3.2. Los alcances institucionales del Liderazgo Integrador.....	39
3.3. La Ruptura de los 25.....	43
Capítulo segundo	
La antipolítica, una respuesta a la deslegitimación del sistema de partidos.....	47
1. Los alcances y límites de la sociedad civil.....	50
1.1. ¿Qué es la sociedad civil?.....	50
1.2. Sociedad civil y desarrollo, una perspectiva internacional.....	54
2. La debacle de los partidos.....	58
3. La vía antipolítica.....	65
4. Cuando antipolítica y representación directa confluyen	70
Conclusiones	75
Lista de referencias.....	79
Documentos.....	83
Entrevistados.....	85

Introducción

El poder, sus fórmulas y recursos figuraron siempre entre mis inquietudes intelectuales y profesionales. Entender cómo se conforman los procesos políticos, el recorrido de las ideas, los vaivenes entre democracia y autoritarismo, los caminos de electores y mandantes, entre otros, han sido interrogantes continuos. Por ello escogí para el presente trabajo dos aristas de este campo, actuales y acuciantes en la política nacional: la representación y la antipolítica. De hecho, son tan vigentes que el origen del proceso que llevó al poder al gobierno de la revolución ciudadana en 2007 tiene sus raíces en estos dos conceptos, que se fueron modelando en décadas anteriores.

Para aprehender este fenómeno me concentré en una actividad puntual: investigué, a través de una metodología cualitativa, un proyecto de la fundación Esquel, que duró ocho años (2000-2008) y que tuvo un importante alcance nacional, “El Liderazgo integrador”. Este programa refleja el pensamiento de la época: la entronización de la sociedad civil como un agente puro (sin corromper) –en contraste con lo que se percibía como la corrupta política representativa y un Estado desmovilizado– en la construcción del bienestar común, donde los movimientos sociales (y detrás y/o junto a ellos) se asimilan a los auténticos mediadores de los intereses ciudadanos.

¿La iniciativa de una Fundación puede aportar para un trabajo de investigación de una maestría? El proyecto de Esquel, que se produjo en un momento de profunda crisis del sistema político, sin dudo fue una parte de la búsqueda nacional en la construcción de nuevas formas políticas. Eso es lo que se analizó en este trabajo: la propuesta antipolítica ante la crisis del sistema de partidos, instaurada desde 1979, donde la sociedad civil intentó ser la gestora de la representación política. Con esta investigación traté de responder a la siguiente pregunta: ¿cómo se instauró la narrativa que la sociedad civil debe irrumpir en la política a través de los movimientos sociales? Así se abarcaron dos inquietudes académicas ligadas a los estudios políticos: la primera, la conjunción entre representación y sociedad civil; y, la otra, la consolidación del discurso antipolítico de la época. Estos dos fenómenos, antipolítica y representación, tienen un despliegue exhaustivo en las ciencias políticas y están íntimamente ligados. Al evaluar este proyecto de desarrollo a través del tamiz del debate

académico se evidenciaron las causas del nacimiento de este discurso y sus potenciales consecuencias.

Aunque el Ecuador no entró solo en estos procesos de desencanto y cuestionamiento democrático. En los países del resto del continente la perspectiva era similar, como se advierte en la introducción de “La disputa por la construcción democrática en América Latina”, donde los autores sostienen que tras el establecimiento de la democracia electoral de los años 80 “se ha extendido por toda la región una profunda insatisfacción de los resultados de esas democracias en términos de justicia social, eficacia gubernamental e inclusión política” (Dagnino, Olvera y Panfichi 2006, 15).

Sin embargo, en el país la crisis política y económica de 1999 potenció la idea que la política representativa constituía un fallido agente de cambio y desarrollo, un mal gestor de la democracia. De hecho, ese discurso aparece como el eje del proyecto de desarrollo de Esquel. Esta perspectiva será catalogada por los estudios políticos como “antipolítica”, un fenómeno definido como “un conjunto de prácticas políticas que se caracterizan, ante todo, por una ruptura con las prácticas políticas tradicionales desarrolladas principalmente a través de los partidos políticos y los políticos profesionales” (Rivas Leone 2012, 9). En suma, un distanciamiento de la democracia representativa, lo que evidencia que ambos conceptos –representación directa y antipolítica– van de la mano, y donde el debate académico es pródigo. Estos son los parámetros que sustentan a este trabajo.

Así, ante la crisis de los partidos y el toque de retirada de los Estados en la década de los ochenta en América Latina, los movimientos sociales se entronizaron como los posibles forjadores de la estabilidad. Una corriente que consolidó como una forma de democratización a pesar de que los ciudadanos no hubieran elegido a estos como sus representantes. Al lado de estos movimientos, las ONG de desarrollo trabajaban en temas de política y representación, estas en su mayoría fueron manejadas a través de las agendas de las ONG de los países desarrollados, por ser sus financistas. La idoneidad de la representación política de los movimientos sociales y de las ONG ha sido analizado desde varios trabajos académicos.

La “reorganización” de la sociedad a partir de las ONG es un fenómeno global en los países en desarrollo, que encontró su apogeo en la década de los 90, cuando fueron acogidas como la solución, tanto en la izquierda como en la derecha, a las deficiencias de los Estados

y de los sistemas políticos para el desarrollo. Una corriente que es cuestionada por autores como Bernardo Sorj (2007, 127) o Alan Whites en “Desarrollo, Organizaciones no Gubernamentales y Sociedad Civil” (2006). Estos autores, al igual que Sergio Tamayo (1999) y Jean L. Cohen (2005), han planteado el debate sobre el ejercicio de la ciudadanía. Es decir, la diferencia entre movilización social y la participación ciudadana, y los objetivos y resultados de las ONG en ese campo, además de la confusión entre representación y participación. En el Ecuador esta corriente se evidencia con la creación en la Constitución de 2008 con el Consejo de Participación Ciudadana y Control Social (CPCCS), o “quinto poder”. En este caso la representación y el poder de los partidos en el Legislativo declinaron en favor de una sociedad civil institucionalizada en el CPCCS, en una favor de una aparente representación directa.

En cuanto al surgimiento y consolidación del discurso antipolítico, el otro fundamento del trabajo, esta perspectiva ha definido el devenir político de muchos países en América Latina. Por ejemplo, en Ecuador y Venezuela, sus últimas constituciones se instituyeron con principios antipolíticos, ambos considerados como regímenes de izquierda. Sin embargo, la antipolítica representa una concepción que ha envuelto el accionar político en América Latina, tanto en la derecha como en la izquierda: “El neoliberalismo financiero y el ‘wikicomunismo’ comparten una similar desconfianza hacia la política.... En el fondo, la ilusión de una sociedad autogobernada sin mediaciones institucionales y jurídicas se distingue muy poco del mito liberal de la autorregulación de los mercados”, explica Daniel Innerarity (2014, 1126). La antipolítica, “se deriva de las transformaciones culturales que se desprenden de la crisis de los estados nacionales y de su forma política representativa; toma a la crisis institucional como punto de partida de su acción, y se sirve para ello de la carga de impugnación ya desarrollada por el movimentismo social” (Echeverría 2004, 46).

Koeneke, Varnagy Rado (2012) y Mayorga (1995) sostienen que el discurso antipolítico en América Latina es consecuencia de las crisis económicas, políticas y sociales, en las que la representación democrática es percibida como ineficiente para superar esos problemas.

Julio Echeverría (2004, 46) hace una aproximación a esta problemática en el continente y asegura que:

La antipolítica aparece como una ruptura con la cultura política tradicional encarnada en los partidos políticos y cuya expresión más clara la encontramos en los procesos electorales. Proyecta hacia los electores la percepción de que la institucionalidad política en general es la responsable de la crisis económica. Esta percepción se generaliza y es reforzada en el discurso político... La antipolítica funciona también de manera afirmativa: frente a la devaluación de los actores tradicionales, aparece la sociedad y sus actores 'no incluidos' como contraparte limpia frente a la política 'sucia', que se enreda en la demagogia y la corrupción. El resultado será la emergencia de actores políticos 'nuevos', ubicados en los márgenes institucionales del sistema político, que 'acceden' al poder.

Para Echeverría, el debilitamiento de la representación genera nuevos canales de expresión y provoca la ilusión de una propia capacidad de articulación y definición política por parte de actores (generalmente los movimientos sociales) poco dispuestos a entablar lógicas de negociación e intermediación, lo que produce "una lógica de movilización con gran fuerza de impacto en las estructuras debilitadas de los estados nacionales, pero de escasa capacidad de agregación programática" (46).

César Montúfar, en *Antipolítica, representación y participación ciudadana* (2004, 85), hizo también una aproximación a esta discusión académica:

Es parte ya del debate político contemporáneo la idea de que, ante la actual crisis de representación de los partidos y demás instituciones democráticas, se debería acelerar la transición del modelo representativo de democracia hacia versiones diversas de una democracia participativa o directa. Se sostiene que la noción misma de representación está en bancarota y que solo la sociedad civil y sus organizaciones tendrían la suficiente legitimidad como para acercar efectivamente el Estado a los ciudadanos.

Otras perspectivas académicas no enfocan la participación directa de la sociedad civil como una reacción antipolítica, para ellos la crisis de los sistemas democráticos ha conducido a Latinoamérica a la consolidación de la democracia: "de un lado, a lo que denominaremos el proyecto democrático-participativo, y de otro, al proyecto neoliberal de privatización de amplias áreas de las políticas públicas que se acompaña de un discurso participacionista y de revaloración de la sociedad civil (entendida como tercer sector)" (Dagnino, Olvera y Panfichi, 2006, 16). Estos autores plantean que en realidad el fenómeno en el que los movimientos y ONG tratan de reorganizar la política, no se los pone en marcha para destruir la democracia como la conocemos, sino para ampliarla, básicamente en una forma de

asentamiento de los derechos. Es decir, después de la salida de regímenes autoritarios, como Chile (post-Pinochet) o Perú (post-Fujimori), donde los partidos fueron prohibidos o debilitados, los movimientos sociales y las ONG se constituyeron en agentes democratizadores. Y muchos de sus protagonistas se integraron al sector público para establecer como políticas de Estado la ampliación de los derechos. Los autores analizan el protagonismo de estos proyectos en varios países en Latinoamérica para la construcción de proyectos participativos.

En todo caso, la antipolítica no es un fenómeno nuevo ni con origen latinoamericano. En *Anti-political sentiment in contemporary liberal democracies* Michael Hogan (2014, 2) sostiene: “Anti-politics involves a rejection: because of disillusionment about corruption in politics and politicians; because of a dissatisfaction with incomplete remedies for problems; because of a belief that there are always simple solutions to any problem; or because compromise seems to involve a denial of precious or absolute values”. El autor analiza cómo en la Europa de entreguerras estas condiciones en Alemania e Italia fraguaron discursos antipolíticos que llevaron a la construcción de regímenes autoritarios. Cuando se terminaron las confrontaciones bélicas sobrevino el efecto contrario: los políticos se volvieron confiables y la democracia la única vía para contrarrestar la guerra y el autoritarismo.

Así para la comprensión del trabajo realizado en los talleres de Esquel en cuanto al discurso de representación y de política se seguirán los análisis de Sorj y Whaites citado más arriba, es decir que la participación no es corolario de la representación. En cuanto a la construcción del discurso antipolítico se lo realizará con la perspectiva antes mencionada, no con la visión de James Ferguson en *The Anti-Politics Machine* (1994), que en su estudio sobre los organismos de desarrollo en Lesoto sostiene que el fracaso de estos se debió a su falsa percepción de la realidad, por hacer aproximaciones técnicas y apolíticas: “What is most problematic with this ideal-linear model is that divorces policy from the realm of politics” (10). También descarté la línea abordada por Laclau sobre la construcción de la política y la democracia participativa. Para desarrollar la definición de antipolítica se tomaré como punto de partida la definición restringida de Bobbio sobre la política: “En la edad moderna [el término política] se emplea comúnmente para indicar la actividad o el conjunto de actividades

que de alguna manera tienen como término de referencia la polis, es decir el Estado” (Bobbio 2015, 1215).

Para aprehender el problema de investigación, como lo expliqué anteriormente, tomé una metodología cualitativa, es decir “la investigación que produce datos descriptivos: las propias palabras de las personas, habladas o escritas, y la conducta observable” (Taylor y Bogdan 1988, 3). Para eso me apoyé en la documentación producida en el proyecto de Esquel y entrevistas en profundidad a sus participantes y directivos.

La primera aproximación se realizó con la revisión y análisis de las memorias, de los informes y de los libros que se produjeron. De estos se extrajo los lineamientos del proyecto, la metodología de trabajo, los grupos a los que se llegaba, cómo se fue ampliando el proyecto, y cuál fue el eje discursivo de sus directores y facilitadores.

Los complementé con catorce entrevistas a profundidad a cuatro segmentos que participaron del proyecto: dos directivos, cuatro facilitadores, cuatro individuos que fueron parte de los talleres y cuatro que participaron del *Think tank* “Construyendo el Nosotros”.

El primer capítulo explica en detalle el desarrollo del proyecto a través de las herramientas antes citadas y el segundo analiza lo sucedido en periodos de crisis en la política con la sociedad civil, los partidos políticos, el surgimiento de la antipolítica, y el resultado de estos en su conjunción en el Ecuador.

Capítulo primero

Una respuesta a la crisis

“Era un ambiente de discusión de recuperar lo público y que los ciudadanos se representaran, porque se sentía que nadie debatía en su nombre. Esos espacios daban cabida a estas inquietudes que estaban moviéndose mucho”. Así recuerda María Paula Romo, una de los participantes de los talleres de Liderazgo Integrador de la Fundación Esquel.

“Este ejercicio te convocaba a trabajar en función de una meta común. Es decir, cómo tú generabas desde la sociedad civil un proceso organizativo de política pública hacia una meta común. Por ejemplo, seguridad: ¿cómo la gente se organiza para mejorar la seguridad de un barrio? ¿Cómo se moviliza para lograr un objetivo? A veces no logras lo que buscas, pero queda el hecho positivo de que se organizó, y que para seguir haciendo eso tienen que mejorar sus estrategias para lograrlo. Hay el eje de participación ciudadana, hay el eje de fortalecimiento a las iniciativas, sobre todo esta idea fuerte de ir logrando acción colectiva basada en acuerdos. Este es el Liderazgo Integrador. El liderazgo entre gente que piensa distinto en un barrio, pero posiblemente tienen la capacidad de tener una fuerza que convoca a la acción colectiva”. Es la visión de Norman Wray, uno de los instructores de los talleres.

“Buscábamos el servicio a la democracia sin una ideología. La ideología era: necesitamos dialogar, consensuar, generar un modelo de país, porque no había ni siquiera a qué oponerse. Y eso es interesante, porque algunas de las personas que pasaron por ahí entran en un proceso de construcción política: Ruptura de los 25, Alianza PAIS, nadie pensaba que eso pudiera existir”, afirma Boris Cornejo, presidente de Esquel y la cabeza del Programa de Liderazgo Integrador en sus ocho años de existencia. Cornejo conceptualizó el tema a nivel nacional cuando la Fundación Synergos (ONG con base en Estados Unidos) impulsó el proyecto “Bridge Building” (que se estableció como liderazgo Integrador en el Ecuador) en cinco países de tres continentes.

Según consta en el Perfil del Proyecto (el informe institucional de Esquel), el “Bridge Building” se encaminó hacia la creación de “liderazgo social”: “Debido a las grandes debilidades del liderazgo a nivel nacional, se evidencia la necesidad de cuestionar la

representatividad de las personas que actualmente son reconocidas como ‘líderes’, y se piensa en la creación de una nueva generación de líderes que se forme con base en la Teoría del Liderazgo que integra, colabora, se asocia, y que en esa práctica logre un alto nivel de representatividad hacia sus conciudadanos”.

En cada país, el “Bridge Building” debía centrarse en el problema más acuciante para el desarrollo, para Esquel en el Ecuador era la ausencia de liderazgo social y político. “Uno de los rasgos de la crisis política finisecular, que transparentaba la precariedad de la democracia ecuatoriana, era la dificultad de construir consensos capaces de generar condiciones mínimas de gobernabilidad. Más aún, el escenario socio-político evidenciaba, en esa coyuntura, una enorme fragmentación social, étnica, regional, en el marco de la cual los actores formulaban demandas y proyectos desde una lógica balcanizante, llegando, incluso, a plantearse tesis separatistas. Eran las expresiones orgánicas o corporativas (partidos políticos, gremios) de los distintos conglomerados sociales los que así se pronunciaban. Pero, si entendemos a los partidos políticos como dirigentes colectivos y agentes de hegemonía, es decir, como medios de cohesión del Estado y la sociedad civil, su dificultad de concertación evidenciaba un severo problema atinente a la construcción democrática: una crisis del liderazgo”. Así se explica el diagnóstico realizado para la aplicación del proyecto en “La Acción en democracia”, el informe de actividades de Esquel. Es decir, según el diagnóstico preliminar del proyecto, el caótico sistema político y su opaca representación originaban los grandes problemas sociales.

En este capítulo detallaré la evolución del proyecto, sus participantes, el financiamiento y el enfoque de los talleres, para explicar cómo se concebía la crisis del sistema de partidos y su fracaso en la conducción del Estado. Además, cuáles fueron las soluciones planteadas para fortalecer la participación y la democracia. Este proyecto se extendió por ocho años y tuvo una importante presencia nacional, la participación ciudadana y a la representación política fueron los ejes que lo definieron

En efecto, el Ecuador llegó al siglo XXI con una situación deteriorada: una economía quebrada, un sistema político trastornado y una sociedad desconcertada. Aunque el escenario de crisis no era nuevo –en el siglo XX esas situaciones se reproducían con frecuencia (De la Torre 2015, 13-17)–, en el último lustro la inestabilidad se profundizó.

El devastador Fenómeno de El Niño de 1998, que inundó la Costa y destruyó la producción agrícola y la infraestructura de esa región, y la caída abrupta de los precios del petróleo (el barril llegó a venderse en seis dólares) quebraron la economía. A lo que se sumó un manejo desordenado y abusivo del poco controlado sistema financiero, con préstamos y prebendas a empresas vinculadas a las instituciones bancarias. Esta coyuntura provocó en menos de dos años, la quiebra de la mitad de los bancos y financieras del país, casi todos de la Costa. La bancarrota de esos 14 bancos originó la gran crisis financiera de 1999. Según el Banco Mundial (2004, 54), en ese periodo la pobreza aumentó en más del 80% en las zonas urbanas de la Costa y de la Sierra, se mantuvo inalterada en las zonas rurales de la Costa y subió en 15% en las zonas rurales de la Sierra. Tres millones de ecuatorianos migraron huyendo del empobrecimiento general, según el mismo informe.

En el campo político la inestabilidad caminó en paralelo. Los últimos cinco años del siglo dejaron como saldo un vicepresidente y dos presidentes destituidos: Alberto Dahik (1995), Abdalá Bucaram (1997) y Jamil Mahuad (2000) –cinco años más tarde caería el tercero: Lucio Gutiérrez (2005)–. El sistema de partidos, víctima y victimario de los acontecimientos, resultó devaluado y cuestionado.

Este escenario dio paso a una profunda conmoción social. La población y los medios de comunicación imputaron el origen del fracaso al sistema de partidos (Echeverría 2006, 30) –apodado despectivamente como “partidocracia”– y a la connivencia de los políticos con la oligarquía financiera.

¿Por qué la sociedad política resultó la gran responsable de este caos? Quizá por la oferta incumplida que flotaba en el aire desde hace décadas. En efecto, el regreso a la democracia a finales de los 70 se forjó sobre la gran promesa modernizadora que anunciaba el fin de la pobreza y el camino al desarrollo, esta tenía como pivote la construcción de un sistema de partidos (De La Torre 2015, 77). Por eso en las recurrentes crisis económicas y sociales de los ochenta y noventa, la sociedad política fue imputada como la gran responsable. La devastadora situación se asumió como el vaivén de los intereses de las oligarquías, que se amparaban en los rótulos de los partidos políticos, cuya participación e historia está detallada en el siguiente capítulo.

1. La sociedad civil: ¿una salida a la crisis?

En este escenario, Esquel –una organización no gubernamental fundada en 1990, orientada a temas de democracia y desarrollo económico sostenible– confluía con el resto de sectores organizados de la sociedad en la búsqueda de una salida a la crisis político-institucional del país. Sus experiencias de trabajo en desarrollo le dieron credibilidad y solvencia en el medio.

En 1998, el Instituto Synergos, una fundación estadounidense asociada con Esquel, empezó un plan global de cooperación para el desarrollo que buscaba implementar un proyecto llamado “Bridge-Building” (“construcción de puentes”): “una forma de cooperación multi-partita que cataliza el cambio sistémico para enfrentar complejos problemas sociales” (Brown 35, 2015). Es decir, con este sistema se trabaja en conjunto un proyecto de desarrollo con el sector público, con el sector privado y con los interesados. Ecuador, India, Namibia, Filipinas y Sudáfrica fueron los primeros países donde se aplicó el esquema. En cada uno se apuntó a la mayor problemática social para trabajarlo con esta metodología, que “tenía como eje conductor la cooperación entre representantes de diversos sectores (sociedad civil) para llegar a acuerdos de cómo solucionarlos y compartir esta experiencia en diferentes culturas”, cuenta con entusiasmo el director de Esquel, Boris Cornejo.

Por la coyuntura antes descrita, Esquel dirigió el proyecto “Bridge-Building” hacia la construcción de liderazgo social. Un proyecto que duró ocho años, dividido en tres etapas, en el que se implementó una metodología propia con talleres, instructivos y reuniones en todo el país para fomentar el liderazgo social. “Se trataba de ciudadanos con derechos que podían tener la misma simetría y sentarse en las mismas condiciones a dialogar”, explica Dolores Padilla, directora del proyecto.

Según los reportes institucionales de Esquel, “Bridge-Building” llegó a alrededor de 50 mil personas: líderes sociales y comunitarios, académicos, empresarios y políticos. Uno de los participantes de esos talleres, como instructor, fue Rafael Correa Delgado, en las listas también constan Gabriela Rivadeneira, Paúl Granda y Fernando Bustamante, quienes años más tarde formarían parte del gobierno de Alianza País. Es decir que ya había una conexión, en distintos

niveles, de estos ciudadanos con la política. Por eso, la “ciudadanización de la política” –o “la participación ciudadana en la política”– constituyó el eje central de este proyecto, según Cornejo.

Esta iniciativa evidencia la tipificación y evolución que hace Montúfar (2004, 50) de la cooperación internacional, que a finales de los noventa se centró en la participación como aprendizaje y empoderamiento de la sociedad. Después de un largo recorrido desde los años 60 del desarrollo participativo, la cooperación internacional se dirigía básicamente al diálogo con las organizaciones de base para que estas reconocieran sus problemas y arribaran a soluciones propias (51).

Con la iniciativa de Esquel, ¿se respondía a las necesidades del país o tan solo entramos así en la agenda internacional del desarrollo? ¿Se fue creando una vía propia? ¿Qué rasgos se privilegiaron en el proyecto? El recorrido y el análisis del proyecto aportará respuestas a estas preguntas, además de una aproximación al discurso de la época y de su amplificación a las nuevas élites políticas.

2. El proyecto

Las tres etapas de aplicación del “Bridging Leadership” en Ecuador evolucionaron en función de la elaboración teórica y la experiencia. Por eso son fases con influencia distintas. En realidad, solo en la última etapa del proyecto se asienta y ejecuta, e irradia su influencia en el país y al interior de la organización. A continuación, expondré el proceso del mismo y cómo, a partir de los testimonios de los participantes, se va desarrollando una concepción de lo político que promulgaba nuevas formas de hacer política, que encajaban en las agendas internacionales del desarrollo y de gobernabilidad.

2.1. La primera etapa: construir el concepto de “Bridging Leadership”

La primera etapa, o Proyecto de “Bridging Leadership” (PBL), fue un momento de exploración y de aprendizaje para esbozar el concepto con el que se trabajaría. Desde el inicio el PBL fue dirigido desde la Vicepresidencia de Esquel (Boris Cornejo), en principio con la colaboración de una profesional a cargo de sus actividades. “A diferencia de otros proyectos que partieron de un diseño y contaron con fondos asegurados, aquí la propuesta se iría

elaborando sobre la marcha, al mismo tiempo que buscando su financiamiento. Durante los dos primeros años evidenció una inestabilidad financiera”, que se constituyó en un freno para su ejecución. “Hasta el 2001 había comprometido una inversión total de solo \$.US.12.258,63”, se recapitula en la memoria institucional de Esquel de 2001.

La propuesta inicial, elaborada a principio del año 2000, planteaba la necesidad de contribuir a la construcción de “condiciones básicas de gobernabilidad” a través de un programa de “Bridging Leadership” sustentado en lo local. En el documento “La Acción en democracia” de Esquel se explica: “Se partía de la hipótesis de que en Ecuador lo local tenía mayor potencialidad de movilización de los actores para la solución de los ‘dilemas de la acción colectiva’”. Adicionalmente, se trataba de vincular este nuevo proyecto a la experiencia de formulación de los Planes de Desarrollo Local, en curso por aquel entonces. La idea era fortalecer los liderazgos locales (“liderazgos naturales, no inscritos, necesariamente, en el ‘desgastado mundo político partidista’”) en el ejercicio de generación de los Planes de Desarrollo Local. Esta propuesta, sin embargo, no prosperó.

Hubo una opción paralela centrada en la conformación de grupos de reflexión de personalidades del país, orientados a la generación de consensos en torno a temas nacionales. Se trataba de promover una “reconciliación nacional” en torno a temas altamente conflictivos como la descentralización, autonomías, minorías étnicas, modernización del Estado, políticas económicas, participación en la globalización, combate a la pobreza, migraciones, educación y formación cívica, integridad y juego limpio. Se planteó una amplia alianza con los medios de comunicación para la difusión de la producción que generarían los grupos.

Este bosquejo fue parcialmente recogido en la primera propuesta formal, denominada *Bridging Leadership* con dos componentes:

- 1) Trabajo con “líderes nacionales” (personalidades con influencia en las decisiones nacionales, en los ámbitos político, social, de comunicación, empresarial, etc.), orientado a promover su diálogo para la solución de los severos problemas nacionales.
- 2) Trabajo con “nuevos líderes”, juveniles, orientado a promover una nueva cultura de liderazgo a través de la construcción de capacidades que les permitiesen

impulsar procesos intersectoriales para enfrentar los retos de la pobreza y la democracia en Ecuador.

La acción con los “líderes nacionales” se focalizaría en Quito y Guayaquil y se sustentaría en un proceso sostenido de diálogos (foros de un día, doce veces al año) en el que se discutiría un tema central seleccionado en consulta con ellos. Para su ejecución se establecerían alianzas con universidades locales, con miras además a facilitarse de la infraestructura adecuada.

En cambio, el trabajo con los “nuevos líderes” se centraría en cuatro ciudades (Quito, Guayaquil, Cuenca y Manta). Su estrategia se orientaría a la coordinación de acciones entre el sector público, privado y el tercer sector (entonces no lo catalogaba directamente como sociedad civil). Los “líderes nacionales” tendrían un rol clave en la selección y formación de los “nuevos líderes”. Con estos últimos se desarrollarían proyectos de responsabilidad social en la perspectiva de inculcarles la ética de devolver a la comunidad lo recibido.

Convocado por la alianza Esquel-Synergos, el lanzamiento del PBL se realizó el 27 y 29 de noviembre de 2000 en Guayaquil y Quito, respectivamente. En él participaron “líderes nacionales del más alto nivel”, ligados al mundo empresarial, académico, sindical y al sector ciudadano. Esquel y Synergos hicieron un análisis de contexto y presentaron sus enfoques sobre el liderazgo, a partir de los cuales los participantes expusieron sus puntos de vista personales sobre el tema. Ambas reuniones facilitaron un “intercambio de experiencias e ideas que permitieron ir dando forma al programa”.

En febrero de 2001, el equipo de la Vicepresidencia de Esquel, luego de una nueva reunión del Global Task Force (GTF), trajo algunas sugerencias para el rediseño del programa, entre otras, la necesidad de profundizar el marco teórico a partir de debates actuales y de encontrar “la traducción más idónea” para “Bridging Leadership”. De este taller, provino la estrategia de los “estudios de caso” como base de la formación de nuevos líderes.

Esta primera etapa habría cumplido, según los informes, con el objetivo de definir el contorno de la iniciativa, por los reducidos recursos, en dinero y personal, no hubo intervención en las organizaciones sociales. Todo se limitó al contacto con los líderes nacionales.

2.2. La segunda etapa: el Liderazgo Movilizador aparece en escena

Con los insumos del primer taller, el equipo técnico se abocó a la tarea de perfeccionar el diseño original. Así, en marzo del 2001 se organizaron varias reuniones con expertos internacionales en las que participaron funcionarios de la institución y consultores externos, encaminadas a elaborar el marco conceptual del proyecto. Fue un taller de cuatro días con Alan Hurwits y reuniones con Jorge Zalles y Gerald Finch, consultores internacionales expertos en negociaciones y conflictos. A mediados de año ya se había precisado la filosofía, ejes, metodología y resultados proyectados.

En efecto, el proyecto, que para entonces se rebautizó como Liderazgo Movilizador, se concebía como un proyecto piloto. En términos filosóficos, Esquel lo definió como “integrador, convocador, empoderador y movilizador”. Su objetivo: cambiar el concepto y la práctica de liderazgo en el país promoviendo la participación de ciudadanos de distintos sectores (productivo, ONG, sector público, comunidades, etc.) “en un proceso de reflexión-acción permanente” para la solución de los problemas nacionales y locales. “Su misión sería la de proporcionar a los líderes las herramientas y destrezas personales y técnicas que les permitiesen resolver conflictos, empoderarse de los procesos de desarrollo y formular un proyecto nacional”, explican el informe anual. Se buscaría desarrollar en ellos conocimientos y habilidades, así como actitudes inherentes a una ciudadanía socialmente responsable. Para conseguirlo se trabajaría en tres ejes: desarrollo personal, desarrollo técnico y aplicación en proyectos de desarrollo. ¿Cómo? A través de:

- 1) Capacitación-aplicación.
- 2) Estudios de caso.
- 3) Discusión y deliberación vía foros ciudadanos.
- 4) Permanente retroalimentación y aprendizaje.

Su población objetiva serían personas “comprometidas seriamente” con diversos sectores, adscritos a una entidad o proyecto, representativas (en términos sociales, étnicos, generacionales, regionales, de género, políticos), que ejerciesen liderazgo o actividades de responsabilidad. En lo relativo a la capacitación se definió su currículo, organizado en ocho módulos.

El objetivo era aplicar una metodología vivencial, y se incorporó también la metodología de estudios de caso, ampliamente utilizada en Estados Unidos y Asia, que contenía “herramientas de gran flexibilidad” para orientar las discusiones y ejercicios de los participantes. Los criterios de selección de los casos consideraron un perfil democrático en el estilo de vida y manejo de situaciones complejas de ciertos líderes, de modo de constituir a cada caso en un modelo a ser imitado en la construcción de un nuevo tipo de liderazgo.

De esa época, Boris Cornejo recuerda por qué se planteó hacer los estudios de caso: “la idea era indagar qué está atrás de ese líder. Descubrir en qué medida con los liderazgos de individuos o de organizaciones que promueven el encuentro y la participación sea más probable que se logre resultados y que los procesos se sostengan en el tiempo. Es decir, no se trataba de estudiar a ese líder carismático y sensacional, ese líder amado, adorado. De hecho, se determinó que las causas aisladas dirigidas por líderes carismáticos no son sostenibles, frente a procesos complejos el tema de la participación era fundamental. En esta etapa del GTF construye la propuesta metodológica y se producen estudios de caso para todos los países y se elabora una malla curricular común que se adapta a las realidades nacionales”.

¿Cuáles son las circunstancias de un líder para resolver una situación y crear condiciones de desarrollo? Los estudios de caso, que en el Ecuador se hicieron en las áreas más diversas sobre experiencias exitosas, originaron varias respuestas.

Uno fue el proceso de la Universidad Estatal de Guayaquil, que en 1990 estaba sumida en el desorden administrativo y el caos estudiantil. Cuando el ex vicepresidente León Roldós fue designado director, en 1994, logró reordenarla y convertirla en un centro académico ejemplar. Una de las lecciones del análisis de este caso es que se puede hacer alianzas y con disciplina conseguir un objetivo.

El otro estudio indagó el origen del liderazgo del empresario guayaquileño Luis Gómez Izquierdo, un hombre atípico en su medio y en su tiempo. Gómez Izquierdo era un empresario muy exitoso con un mensaje iconoclasta: no puedes hacer país y construir el progreso sino trabajas por los intereses del otro, es decir si no entiendes los intereses y las necesidades de los trabajadores. Él argumentaba estos principios en los círculos empresariales y promovía a los sindicatos, organizaciones que para él eran interlocutores válidos.

Un año más tarde, Esquel realizó seis estudios más con el apoyo financiero de la USAID. Estos estudios aportaron muchos ejemplos exitosos de lo que un líder integrador puede lograr en un país donde la asociación para el trabajo comunal resulta muy difícil. Estos casos fueron:

- 1) Mariana Galarza, médica y nutricionista, quien, a través de la Asociación Vivir, realiza medicina preventiva, educación para la salud, prácticas de nutrición y vida saludable en las zonas periféricas de Quito.
- 2) Solón Espinosa, militar retirado, quien ha sobrevivido al cáncer desde los 31 años (sometido a 14 operaciones). Él ha liderado Solca, Sociedad de Lucha contra el Cáncer del Ecuador, y la convirtió en un modelo de asociación voluntaria. Uno de sus principales logros es el hospital de Solca de Quito, que fue uno de los mejores de América Latina.
- 3) Rodrigo Crespo Toral, médico experto en pediatría y en discapacidades. Fue el impulsor del Consejo Nacional de Discapacidades (Conadis) y de la Política Nacional de Discapacidades, que ha sido modelo para otros países del Tercer Mundo. La labor de Crespo Toral y del Conadis hizo que el Ecuador fuera galardonado con el premio mundial Franklin D. Roosevelt. Fue el primer país en desarrollarlo en recibirlo.
- 4) Edgar Rodas, médico cuencano, quien impulsó la atención médica de alta calidad a la población rural del sur del país. Él impulsó los hospitales móviles que recorrían el Azuay, Cañar y Loja atendiendo a la gente.
- 5) Los municipios presididos por indígenas, un estudio comparativo de las políticas integradoras y de participación de los municipios de Cotacachi, Otavalo y Guamote.
- 6) La Selección Nacional de Fútbol, tanto en sus prácticas internas como en su mensaje hacia las masas, la selección y su entrenador, el “Bolillo” Gómez, representaron un caso de liderazgo integrador.

Basados en los resultados de los dos primeros casos se construyó una malla curricular, que apelaba a tres principios, inspirados en una metodología llamada de la “U” (Brown 2015, 35) por su representación gráfica, que se desarrolló en el GTF, y que en Ecuador tomó el nombre de la “V”:

- 1) Hay que trabajar con el individuo, eso significa que si él no ha resuelto sus circunstancias propias no está equipado para iniciar procesos complejos. El primer módulo de trabajo apuntaba al “yo”, al individuo, para resolver problemas complejos debe haber una razón dentro de cada uno (parte alta izquierda de la “U”).
- 2) Para cambiar algo se debe ser profundamente conocedor de lo que se quiere cambiar. Cuando se administran procesos complejos, mientras más se conozca se está más equipado (parte inferior de la “U”).
- 3) Proveerse de las herramientas para el consenso (parte alta derecha de la “U”).

A pesar de los avances en la definición conceptual, no se lograba un consenso interno con relación a sus destinatarios principales. Por eso en el informe del programa del 2001 se sugería definir si el grupo objetivo del programa serían “los mismos líderes de larga trayectoria” o los “potenciales nuevos líderes”. Otro problema era la definición de alianzas estratégicas con entidades académicas para la definición del currículo. Entonces se tuvo que enfrentar la demora en la definición de la contraparte para la elaboración del currículo, demora en toma de decisiones y la inestabilidad del equipo técnico. Finalmente, algunos problemas de índole administrativa frenaron su ejecución.

El proyecto durante 2001 consistió básicamente en el desarrollo de metodologías y herramientas, y la definición de criterios previos a su aplicación, aunque sin mayor cobertura a excepción de dos talleres. A pesar de que ese año el presupuesto se duplicó, el apoyo financiero presentaba aún una traba. Sin embargo, los contactos con posibles financistas se hicieron y por otra parte con Synergos se inició un plan de búsqueda de fondos.

En este periodo también se definieron colaboradores externos en temas claves (técnicos y operativos) que aportarían en distintas etapas. Además se dotó al plan de capacitación de un carácter más concentrado en contenidos y tiempos; se elaboraron varios borradores de currículo; se produjeron los dos primeros estudios de caso antes mencionados; y se empezó a recolectar información para sistematizar la experiencia. Finalmente, se definieron varios temas a ser debatidos en los “espacios de concertación”.

El 19 de octubre de 2001 se desarrolló el primer diálogo alrededor de los valores y potencialidades del Liderazgo Movilizador, que contó con la participación de 31 personas

provenientes de distintos sectores y organizaciones sociales. A fin de superar la inestabilidad financiera y asegurar la sostenibilidad, se inició el levantamiento de fondos por medio del diseño y envío de proyectos a donantes locales e internacionales, hubo dos respuestas positivas de ONG de la estadounidense Fundación Kellogg y de la Asociación Internacional de Desarrollo (AID). La Fundación Kellogg aceptó subvencionar un programa piloto de tres años que formaría a “150 líderes de puente”.

2.3. La tercera etapa: nace el Programa de Liderazgo Integrador

La tercera fase comenzó en 2002, con un nuevo coordinador, Gonzalo Ortiz, escritor y político socialdemócrata. Su dirección fue corta, en 2003 lo reemplazó Dolores Padilla, una gestora social reconocida, entre otros, por el exitoso “Programa del Muchacho Trabajador” (PMT). Es esta experta trabajadora social que consolidó y marcó la ruta del proyecto. En esta fase el equipo técnico creció significativamente, con tres profesionales de planta y 20 consultores externos. Las alianzas internacionales se reforzaron con instituciones académicas y ONG de 20 países del mundo.

En esta etapa concluyó la construcción de la propuesta y se inició su ejecución. De aquí en adelante se denominó el “Programa de Liderazgo Integrador” (PLI). Con el marco conceptual establecido, el Liderazgo Integrador se definió como: “La capacidad de unir a distintas fuerzas, organizaciones y personas para el desarrollo. Es una relación de influencia mutua entre personas que tienen objetivos comunes y buscan volverlos prácticos a través de la participación de todos. Los líderes integradores son los que saben el arte de la cooperación. No son caudillos; son aquellos que tienen el poder de influencia colectiva para generar desarrollo” (Presentación institucional del Programa de Liderazgo Integrador 2003). Entre los conceptos también se estableció que el Liderazgo Integrador es: “La facultad que tenemos para incidir en el cambio de nuestro barrio, ciudad o nación mediante una buena relación o alianza estratégica”. “El que se aplica para construir un nuevo modelo de gestión. El liderazgo integrador nos ayudará a constituir un tejido social sostenible, que nos llevará a construir simultáneamente una sociedad fuerte y sólida”.

Su propósito: aprender lecciones de líderes integradores y transferirlas para que las comunidades descubriesen su “poder interior” y así “lograr cambios en el comportamiento

ciudadano y en las estructuras institucionales a fin de consolidar la democracia, abrir campo a la tolerancia, permitir el desarrollo humano de las comunidades basado en sus propias potencialidades y fomentar la concertación entre diversos actores”.

¿Para quiénes estaría destinado el proyecto? “Aquellas personas que puedan influir en el desarrollo social y económico de Ecuador”, especialmente, dirigentes comunitarios, microempresarios, jóvenes líderes de movimientos sociales o de partidos políticos con cobertura a nivel nacional. Es decir, se apuntaba a la capacitación de líderes emergentes, mediante metodologías orientadas a “desarrollar conocimientos, valores y destrezas para su fortalecimiento democrático, para dar un impulso transformador en sus comunidades”. La acción, pretendería, además, que los actores “hagan proyectos de concertación, en ámbitos específicos”. Su estrategia, concomitantemente, consistiría en reclutar “líderes emergentes” contactados en la trayectoria de Esquel y formarlos en los contenidos y metodologías definidos, ampliando, posteriormente, la esfera de reclutamiento hacia otros espacios de la sociedad civil.

A nivel interno, se buscaría que “la filosofía de Liderazgo Integrador” se incorporase a otros proyectos ejecutados por Esquel en ese mismo ámbito de modo de ir articulando las líneas de acción.

Mediante sus cursos, Esquel capacitó a personas que ejercían liderazgo para que actuaran con responsabilidad social, procurando unir a todas las visiones e intereses del contexto, inclusive a las fuerzas que pareciesen contrarias, para responder a los desafíos de su comunidad y de la sociedad ecuatoriana.

El objetivo principal del PLI era lograr cambios en el comportamiento ciudadano y en las estructuras institucionales a fin de consolidar la democracia, abrir campo a la tolerancia y permitir el desarrollo humano de las comunidades basado en sus propias potencialidades.

El Programa de Liderazgo Integrador tenía un Curso Básico, compuesto por nueve módulos, reforzados por estudios de caso que ayudaban a fortalecer el concepto y en cada intervención se valoraba las experiencias y saberes de todos los participantes, así como los elementos conceptuales. En este marco entonces se analizaban las necesidades, los intereses, expectativas de los líderes y de los procesos.

El curso estaba subdividido en módulos secuenciales, aunque no rígidos, que

abordaban cada aspecto relevante del liderazgo como un todo integrado. Cada módulo se realizaba como un seminario-taller, con momentos expositivos y espacios de construcción colectiva de conocimientos y vivencias, en base a la experiencia de los asistentes. El curso básico de Liderazgo Integrador se componía de tres núcleos o ejes básicos:

- 1) La persona inserta en una responsabilidad ante su comunidad.
- 2) La voluntad de transformación de una realidad social y política.
- 3) El manejo de recursos (herramientas y habilidades) para el ejercicio del liderazgo.

Los temas que se trataban eran: desarrollo personal I y II; solución alternativa de conflictos; comunicaciones y relacionamientos; trabajo en equipos; modelos de liderazgo; generación de consensos; sostenibilidad de los proyectos; empatía y diversidad.

Fernando Moncayo, uno de los instructores, tiene guardados los cursos del PLI. En los archivos de Moncayo, además del material institucional de Esquel, están los dibujos de los participantes. El nivel de instrucción de muchos de ellos alcanzaba tan solo la primaria y los otros eran analfabetos, por lo que estos cursos debían tener formatos pedagógicos diferentes a los tradicionales. Este instructor, un reconocido titiritero que ha trabajado más de 30 años con presentaciones de marionetas con un fuerte contenido social, invitaba a cada participante de los cursos de liderazgo a dibujar su entorno, su participación, su interacción con los otros. Estos dibujos, quince años después, aún cuentan muchas historias de la vida de las comunidades. Con estas herramientas pedagógicas alternativas se impartía en cada comunidad o movimiento social los fundamentos del PLI.

Para Moncayo la trascendencia de esos cursos es relativa, él sostiene que no necesariamente forjaron líderes diferentes, líderes integradores. Moncayo cuenta que en visitas posteriores a esas comunidades se ha encontrado con sus alumnos que son parte de los más diversos partidos políticos, y muchos ejercen un liderazgo tradicional. Un ejemplo: uno de los ejes del PLI era abordar los problemas por objetivos, y luego de lograrlos dejar el poder. Sin embargo, lo que él ha notado es que los asistentes a los talleres del PLI siguen aferrados al ejercicio habitual del poder.

En 2002 se realizó el primer curso de Liderazgo Integrador que proporcionaría nuevos conocimientos, habilidades y “actitudes” a 19 líderes auspiciados por 19 entidades (centros académicos, ONG, empresas, aparatos estatales locales, organismos internacionales, etc.) de

tres provincias Azuay, Guayas y Pichincha. Los contenidos fueron facilitados por consultores externos a través de cinco módulos que abordaron temas de desarrollo personal, valores, aspectos culturales, realidad socioeconómica del Ecuador, liderazgo integrador, entre otros.

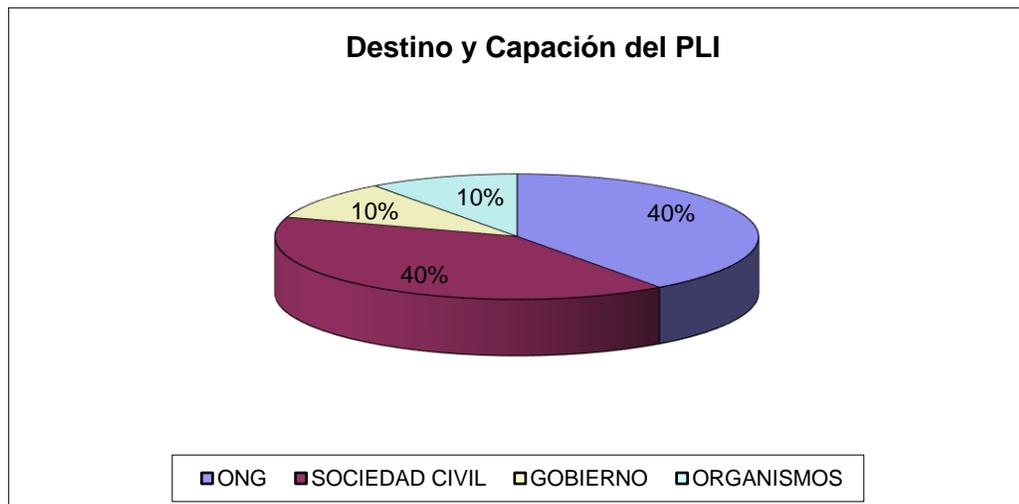
Para 2003 los contenidos incorporaron nuevos temas (Cabildeo, Incidencia, Mediación, Planificación Estratégica, Negociación de Conflictos) y fueron facilitados a través de seis talleres realizados en seis ciudades y orientados a diversos tipos de líderes. Hubo 80 personas capacitadas.

En 2004, se triplicaron los asistentes a los talleres: fueron 205. La capacitación continuó estableciendo alianzas con nuevas organizaciones y en nueve provincias (Azuay, El Oro, Esmeraldas, Guayas, Imbabura, Los Ríos, Manabí, Pichincha y Tungurahua) en alianza con 16 organizaciones de la sociedad civil y aparatos estatales locales. Además de capacitar a líderes, el proyecto también proporcionaba apoyo técnico y financiero a organizaciones orientadas a la capacitación de líderes (capacitación a capacitadores). Para el año 2005, el PLI llegó alrededor de 270 personas.

A estas alturas, el proyecto había definido un doble enfoque en la capacitación: a) individual (orientado a fortalecer el liderazgo personal); y b) colectivo (encaminado a fortalecer procesos de grupos de personas, instituciones y comunidades), e incorporaba como material pedagógico de los talleres algunos de los estudios de caso que se habían producido en el marco del proyecto. En la experiencia, el equipo había constatado que los eventos constituyeron espacios de encuentro entre instituciones que trabajaban en procesos similares, lo que fortaleció el debate de experiencias diversas y exitosas de liderazgo. Esto facilitó alianzas entre ellas y promovió la gestación de pequeñas redes, así como de una red virtual entre los participantes.

El gráfico muestra cómo se dividían los destinatarios de los talleres, en este se destaca cómo la mayoría de sus beneficiarios pertenecen a la sociedad civil. Pero al sumar organismos con gobiernos, y ONG con sociedad civil, cada sector tiene el 50%.

Gráfico 1



Fuente y elaboración: Programa de Liderazgo Integrador

Con un presupuesto establecido y con todas las herramientas listas empezó el PLI, un proyecto que, como se verá más adelante, tuvo influencia cuantitativa por el número de talleres y cualitativa por las personas que participaron y que ahora son activos en la política nacional (Ver Tabla 1, página 45, capítulo segundo). Pero también una difusión interna, ya que en Esquel incorporó en sus proyectos muchos aspectos del PLI. Cada vez más organizaciones que trabajaban con Esquel pedían la capacitación del PLI, desde asociaciones de mujeres hasta voluntarios de la Cruz Roja.

Otra línea de acción desarrollada por el PLI en 2004 se orientó a “fortalecer espacios para el diálogo desde perspectivas políticas”, con un enfoque que rompía la “lógica tradicional de relacionamiento de los actores sociales y políticos”. Así, en el contexto de las elecciones para renovar los organismos seccionales (2004), ese mismo año organizó los Diálogos Cívicos Locales entre la ciudadanía y los candidatos a alcaldes en tres cantones, en los que se formularon compromisos para la ejecución de políticas participativas desde los poderes locales. También se promovió el “Foro Nacional sobre los Riesgos del TLC” (Tratado de Libre Comercio) en el que se recogió información experta desde varios puntos de vista y se promovió la reflexión organizada en seis mesas temáticas.

En 2004, desde una iniciativa surgida en el PLI, Esquel convocó a 29 líderes representativos de la diversidad ecuatoriana en el objetivo de “pensar al Ecuador”. La iniciativa,

denominada “Construyendo el Nosotros”, buscaba el debate y la proposición de “soluciones viables que contribuyan a orientar el rumbo del país” que brindaran “contenidos más eficaces a nuestra democracia”.

Al cabo de varias reuniones, el grupo se constituyó en un centro de pensamiento (*think tank*) “sin lineamientos políticos determinados”, más bien, pluralista, multidisciplinario y cohesionado en torno a ideas-fuerza y líneas de acción consensuadas. El grupo trabajó alrededor de tres ejes:

- 1) Democracia, como “posibilidad de subvertirnos legítimamente y espacio para hacer posible la vigencia de los derechos humanos”;
- 2) Diversidad, porque solo reconociendo “lo que somos” podemos “saber hacia dónde vamos”.
- 3) Ilusión movilizadora, o la identificación de un “imaginario que nos encante y empuje nuestra voluntad” desde “lo afectivo, lo espiritual y lo intelectual”.

Para ello, se diseñaron tres estrategias: creación y decisión, o la formulación de propuestas viables, así como la presión en torno a sus decisiones. La segunda, la creación de espacios de encuentro entre “las múltiples diversidades, diferencias y oposiciones” para identificar “mínimos comunes que contribuyan a la gobernabilidad”. Y la tercera la construcción de un imaginario, indagando “señales de identidad y pertenencia, que le devuelvan a la sociedad ecuatoriana confianza y compromiso con un proyecto colectivo”.

Para estos encuentros Esquel convocó a: Luis Macas, Luz Marina Vega, María Cristina Maldonado, Ángel Quiñones, Ángel Medina, Katherine Chalá, Roque Sevilla, Luis Maldonado, Andrés Hidalgo, Virginia Andrade, Gaby Foster, Eva García, Mariana Galarza, Joaquín Hernández, Fabián Corral, Cornelio Marchán, Orlando Pérez, Karol Murillo, Gustavo Vega, Fernando Bustamante, Nelson Reascos, Oswaldo Jarrín, Constanza Calderón, Juan Sebastián Roldán, José Valencia, Norman Wray, María Paula Romo y Dolores Padilla. Y ocasionalmente también asistió el expresidente Rafael Correa Delgado, como expositor, que en esa época era un profesor universitario desconocido.

Durante casi un año, una vez al mes, este grupo se reunió a discutir los temas que se hacían cada vez más urgentes, sobre todo en torno a la reforma política. Con la metodología desarrollada en los otros talleres, se trataba de reconstruir y de discutir los temas que seguían

dividiendo al país. De estas 29 personas un 90 por ciento ha tenido un papel importante en la política nacional de la última década que se explicará más adelante, y fueron determinantes en el rumbo que tomó el país desde el año 2006 (Ver tabla página 45, capítulo segundo sobre el recorrido político de estos actores y otros participantes y responsables de los talleres).

Al ser entrevistados sobre esos talleres 12 años después, cuatro de sus participantes (Luis Macas, Fabián Corral, Virginia Andrade y Andrés Hidalgo) rescatan el haberse sentado en una mesa a debatir con gente que en otras circunstancias no lo hubieran hecho, a partir de lo cual se crearon ciertas redes políticas que subsisten hasta la actualidad.

Hidalgo, banquero y empresario quiteño (1962), resalta el vocabulario que se usaba en esa época que para entonces le era lejano con palabras como “colectivos”. Rememora cómo en los encuentros el eje central se dirigía a “comenzar una democracia alternativa a aquella fallida, eso es bien importante. En el año 2000 termina de colapsar la economía, la representación política, los políticos tradicionales, entonces hay la urgencia de porque eres parte del colectivo tienes que construir lo alternativo”.

El jurista y escritor riobambeño Fabián Corral (1947) pone énfasis en la crítica que se hacía en las reuniones al amonestar a la política tradicional, “había una crítica sistemática a los partidos políticos, yo venía haciendo una crítica sistemática a los partidos desde cuando escribía en los últimos días de Diario El Tiempo, estamos hablando del año 81. En los talleres se capturó ese sentimiento: había que pensar el país desde afuera de los partidos, de la política”.

El dirigente Saraguro y líder histórico de la Conaie, Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador, Luis Macas (1950) subraya: “el objetivo era sentarnos en una mesa y ver qué es lo que se puede concluir desde los diferentes sectores en miras a resolver los problemas del país”. Al ser entrevistado sobre el tema, las primeras memorias sobre los encuentros fueron sus conversaciones con Fabián Corral sobre el poncho en los Andes, y no las discusiones políticas o temas de democracia. “Les dije a todos que siempre que habíamos estado sentados en una mesa entre mestizos e indios, lo hacíamos de espaldas...”.

La empresaria guayaquileña Virginia Andrade (1958), ahora alejada de la política y de este tipo de encuentros, asegura: “la idea del proyecto era hablar sobre situaciones políticas, cómo hacer política, cómo hacer nueva política, cómo deshacerse de los vicios de

la política, cómo diferenciarse y derrumbar todo un sistema político caduco que estábamos viviendo”.

3. La influencia

La metodología y principios del Liderazgo Integrador se incorporaron en otras áreas del trabajo de Esquel y su concepto pasó a ser parte de la cultura de la institución. El trabajo con jóvenes, la repercusión directa en los sectores de los talleres del PLI, la influencia de quienes participaron en el “Construyendo el nosotros” y el funcionamiento de Esquel son muestras de su institucionalización. Una influencia que además se constata a través de algunos ejemplos.

3.1. El Liderazgo Integrador y los jóvenes

El Ecuador es un país de jóvenes, según el INEC (Instituto de Estadísticas y Censo) entre 2000 y 2008, la mayoría de sus habitantes tenía entre 20 y 35 años y el 12 % está entre los 12 y 17 años, por eso el trabajo con jóvenes ha sido una de las prioridades de Esquel. Desde el 2002 la institución mezcló el concepto del “Liderazgo Integrador” con ejercicios que produjeron manifestaciones de participación ciudadana en la juventud.

En 2002, en Esquel se planteó la necesidad de un trabajo más en profundidad y no centrado en las grandes agendas, derivando hacia ellos a partir de “diálogos sostenidos” desde las experiencias simples y de carácter subjetivo de los participantes. La idea se materializaría a partir de ese año con la ejecución del proyecto “Promoción de Consensos”, un ejemplo que muestra cómo plasmar las ideas del Liderazgo Integrador en un proceso de reflexión individual.

Desde este proyecto se entendería al diálogo como un “instrumento para solucionar controversias y buscar objetivos comunes”. Para ello, la metodología de intervención fomentaría la creación de capacidades para la “escucha activa como fundamento para un diálogo basado en el respeto”, explica el informe de la época. Pero, a diferencia de experiencias anteriores, ahora se pondría énfasis en su proceso de construcción más que en su resultado (agenda), lo cual marcaba el “quiebre más importante” con la línea de acción tradicional de Esquel. El nuevo emprendimiento se orientó a audiencias juveniles diversas.

Se incorporó a los jóvenes de los partidos políticos para así fortalecer la representación política y mejorar a los partidos.

El psicólogo vocacional cuencano Pablo Osorio fue uno de los facilitadores de estos talleres, en lo que se trataba de construir una agenda para el país. “El primer taller se llamaba Pisando Tierra Adentro, para acercar a los jóvenes a la realidad nacional. La idea era darse cuenta de qué es lo que pasa, luego armar con una visión y trabajar el resto del mapa estratégico de las ONG”.

Hacia 2003 se convocó a 60 participantes diversos, adscritos a organizaciones políticas y/o corporativas (partidos políticos, gremios empresariales, movimientos sociales, organizaciones sociales, universidades, etc.) que se habían articulado en una red virtual. Sus capacidades se fortalecían a través de talleres sustentados en una metodología desde lo personal hacia lo grupal, creando vínculos afectivos entre ellos.

Se trataba –dice Norman Wray, quien fue instructor del PLI y de otros proyectos de Esquel– de hacer que se conozcan entre ellos, y trabajar sobre lo subjetivo: que se conozcan a sí mismos, sus sueños. “Nos concentrábamos en las cosas que nos unen, que pueden ser triviales pero que pueden romper barreras de comunicación. Así se facilitaba el diálogo, la comunicación entre lo diverso, entre la sociedad política y la sociedad civil. La estrategia era ir de lo subjetivo a lo objetivo: del conocimiento de sí mismo y del ‘otro’ hacia las agendas y los acuerdos del país”.

El objetivo estratégico apuntaba a fortalecer sus capacidades y dotarles de herramientas para que sean capaces de incidir en las políticas públicas. No se pretendía generar liderazgos juveniles adaptados al *status quo*. Por el contrario, la orientación en valores buscaba formar jóvenes “para que mañana puedan generar cambios”, lo que incluía “desde la aceptación de una identidad –el orgullo de ser ecuatoriano– hasta el conocer y ejercer deberes y derechos”.

Los participantes definieron una agenda consensuada alrededor de siete objetivos nacionales en los siguientes temas: descentralización estatal y participación ciudadana, educación, seguridad social y salud, integración centro-sudamericana, producción, ciencia y tecnología, discriminación, racismo y exclusión. Siguiendo esta línea, que buscaba el acercamiento a una problemática desde experiencias concretas, en 2003 se constituyeron

grupos de trabajo alrededor de los temas de la agenda, que fueron al campo a visitar experiencias de desarrollo con poblaciones infantiles y juveniles, en zonas mineras y rurales de todo el país.

En el año 2004 algunos de esos grupos participaron en el “Gran Cabildeo Nacional por la Educación”, un ejercicio para exigir ese derecho, realizado en alianza con el *Contrato Social por la Educación* y el Programa del Muchacho Trabajador, en el que participaron mil jóvenes de 17 provincias del país, y que se plasmó en una declaración que sería presentada a las autoridades del Congreso Nacional, el Ministerio de Educación y el Ministerio de Finanzas. Esa sería la primera acción de incidencia pública en la que participarían los jóvenes del proyecto en el que se fueron forjando las ideas que se trasmitían en los talleres.

Este conjunto de experiencias llevó a los participantes a una crítica al ejercicio tradicional de hacer política en Ecuador, planteándose nuevos modos de ejercerla, visualizándola como “un espacio de encuentro”, mediante el rescate de “espacios nuevos de participación” a través del “arte, la música, el teatro”.

En 2004 los debates y encuentros de algunos de estos jóvenes los llevó a un acto muy publicitado: la toma material y simbólica de los espacios públicos de Quito para provocar una reflexión desde los jóvenes sobre los últimos 25 años de fundación democrática del país, a través de dos preguntas: “¿Quién jodió al país?” y “¿Tú qué harías por cambiar al Ecuador?”. El evento, denominado *La Ruptura de los 25*, por el cuarto de siglo que se cumplía del regreso a la democracia, tuvo una convocatoria masiva y generó impacto en la opinión pública quiteña. Este proceso de encuentro y de reflexión sobre lo político, facilitado por Esquel, devino en un movimiento político juvenil que lleva su mismo nombre (Ruptura de los 25 y después La Ruptura) y desde el cual emergieron nuevos liderazgos que aspiran “a construir una propuesta de país desde un espacio ciudadano”. La influencia de Esquel en La Ruptura será analizada más adelante.

3.2. Los alcances institucionales del Liderazgo Integrador

Según las memorias de Esquel, hasta el año 2004 los proyectos en el área de liderazgo beneficiaron de forma indirecta a 37.655 personas. En los talleres del PLI hasta el año 2005 se capacitaron a 543 personas a través de 52 eventos formativos. Un total de 45

organizaciones fueron intervenidas, se promovió la creación de una organización nueva y de dos redes, con una inversión institucional de US\$. 327.179,49 entre 2002 y 2004.

Además, Esquel produjo quince documentos sobre Liderazgo Integrador: cursos básicos, guías prácticas, manuales, y tratados sobre los derechos y el liderazgo.

Más allá de estos logros, ¿qué impactos cualitativos registraría su intervención? En los informes de Esquel se destaca el fortalecimiento de las capacidades de liderazgo de los participantes al haberles proporcionado herramientas para solucionar problemas y técnicas de trabajo grupal que las estarían aplicando en su vida personal, laboral y ciudadana.

Sin embargo, uno de los temas recurrentes en los informes anuales de Esquel es la necesidad de implementar un seguimiento sistemático a los resultados de la capacitación. En el informe del año 2003, los resultados del PLI son analizados así: “Todavía no se ha logrado cuantificar ni cualificar en qué medida el programa ha promovido la responsabilidad social y los valores cívicos. Es un reto para Esquel, definir indicadores para desarrollar un sistema de monitoreo, seguimiento y evaluación de los participantes, con el fin de poder evaluar, en qué forma y cómo el PLI ha colaborado con estos objetivos”.

Por otra parte, los talleres del “Construyendo el Nosotros” se establecieron como un punto fundamental de encuentro y de debate en un momento en el que la situación política del país y su desinstitucionalización se encontraban en plena ebullición. La mayoría de los participantes de los talleres “Construyendo el Nosotros” fueron protagonistas de los hechos políticos más destacados en los siguientes años: la destitución de Lucio Gutiérrez, muy marcada por los llamados “forajidos” (grupos de ciudadanos no organizados que clamaban por un cambio institucional); la llegada de Rafael Correa al poder y la realización de la Asamblea Constituyente para la realización de la veinteaava constitución del país.

En esos talleres se planteaba profundos debates sobre la democracia como un mecanismo para definir acuerdos de vida en común para mayor dignidad de todos. “Es decir, recuerda Norman Wray, el Liderazgo Integrador fue una propuesta de reflexión que venía desde afuera y que a través de Esquel se fortaleció con visiones teóricas y locales. Esquel, en estos talleres con personas influyentes en sus respectivos entornos, generaba y planteaba preguntas a través del concepto del Liderazgo Integrador”.

De la labor en provincias se pueden sacar varias muestras de cómo los talleres del PLI influenciaron en la marcha de la organización política local, cumpliendo así los objetivos para los cuales fue diseñada la propuesta. En la evaluación anual de 2003 de los talleres del PLI, el consultor e instructor Fausto Valle explica: “Durante el 2003 se ha logrado validar la utilidad y pertinencia del currículo del curso de liderazgo integrador. Estos resultados se deducen, de las evaluaciones hechas a los participantes en los cursos durante el desarrollo de los mismos y se ratifican en el taller de sistematización y evaluación que se realiza al final de cada uno de estos”.

“En general, el curso dio como resultado un cambio de actitudes de los participantes frente a sí mismos, frente a la comunidad y frente al Estado, continúa Valle. Frente a sí mismos, les permitió recuperar su autoestima, ‘valorarnos como personas y ciudadanos’, adquirir seguridad en sí mismo, erradicar el negativismo (‘ir dejando el no puedo’) y reemplazarlo por el positivismo, en suma, ‘transformarme en mi vida’. Frente a la comunidad, les permitió desarrollar mayor interés y atención por sus problemas, ser más solidarios, aprender a escuchar, compartir y ser responsables. En cuanto al Estado, les permitió cambiar su actitud ‘de mendigos a demandantes’ y ser proactivos: ‘Ya no esperamos que los partidos nos resuelvan nuestros problemas, sino que nosotros mismos los planteamos”.

Para el instructor Valle: “En lo relativo a conocimientos, el curso les permitió conocerse a sí mismos, los valores que poseen y la forma de transmitirlos a otros; les proporcionó nuevos y valiosos conocimientos sobre el tema de liderazgo integrador que les cambió su enfoque y comprensión del mismo hacia una perspectiva integral y holística; les puso de cara a los problemas de la realidad nacional, agrícola y la de los sectores más desprotegidos, planteándoles vías de solución de los mismos. Les enseñó a impartir lo asimilado a otros compañeros y a establecer alianzas, entre otros nuevos conocimientos adquiridos”.

“En lo relativo a las habilidades, finaliza, les enseñó técnicas de trabajo grupal, de comunicación grupal, de persuasión, lo cual les proporciona una mayor capacidad para convocar, organizar, dirigir y motivar a los grupos. Se resaltó la importancia de haber

adquirido mayor ‘seguridad para hablar’ en público, al reconocerse a la timidez como el principal obstáculo a vencer en lo personal”.

La aplicación del Programa de Liderazgo Integrador tuvo diversos efectos en localidades del Ecuador.

Uno de los primeros talleres de 2004 fue en Ambato al que asistieron personas de la sociedad civil y funcionarios del gobierno local. El PLI fue solicitado para desarrollar habilidades, dotar de herramientas técnicas y consolidar conocimientos que ayudaran al ejercicio efectivo de los liderazgos ciudadanos y mejoraran la organización de la sociedad civil de esta ciudad. Luego del taller se logró conectar al prefecto (la autoridad más importante de la provincia) y el PLI para articular un proceso que incida en el modelo de gestión participativa que el gobierno estaba instaurando en la provincia.

En Santo Domingo, se constituyó el Foro Ciudadano Para El Desarrollo Humano, integrado por diversos movimientos ciudadanos, como un espacio para la reflexión y la acción de la sociedad civil con el objetivo de impulsar el desarrollo y la democracia. En su proceso el foro había hecho aportes significativos en temas de descentralización, transparencia de la gestión pública con veedurías ciudadanas. Luego de los talleres del PLI se dio el fortalecimiento y legitimización del Foro Ciudadano como un espacio de acción cívica y política de los actores locales y de la sociedad civil. Con los talleres se debatió, consensuó y estructuró las definiciones básicas del Foro: visión, misión, política de alianzas, estructura organizativa, política financiera y ejes de acción para el período 2004-2005. Además, se articularon la agenda ciudadana y el diálogo cívico con los candidatos.

En Cotacachi se convocó al PLI para fortalecer los liderazgos de mujeres de partidos políticos, movimientos sociales y organizaciones, a fin de influir en sus estructuras. Treinta y ocho mujeres de las zonas urbanas y rurales participaron en los talleres del PLI, y durante más de un lustro participaron activamente en la organización de la asamblea local. Desde entonces se trabajó en la propuesta de la implementación de una Escuela de Liderazgo para Mujeres en la Gestión Pública. De esos talleres salieron siete candidatas a concejales, se identificaron a seis líderes mujeres del Cantón y se recuperaron las historias de vida como un caso testimonial para futuras generaciones. Las mujeres de la Escuela accedieron el proceso

de participación ciudadana en Cotacachi (Estructura de la Asamblea de Unidad Cantonal), que fue un ejemplo de administración local.

El PLI también fue requerido para fortalecer la Junta Parroquial de Líderes de Los Guasmos, para extender el proceso de planificación a otras cooperativas y diseñar un Centro de Servicios Comunitarios. En ese momento el movimiento barrial no tenía herramienta en los ámbitos administrativo-financiero, de planificación técnica y de vocación política. Con la intervención del taller se logró la implementación de planes comunitarios en cinco cooperativas, la implementación de un Centro de Servicios Comunitarios con dos programas de beneficio social.

3.3. La Ruptura de los 25

La influencia del PLI a nivel nacional tiene un ejemplo fundamental: “La Ruptura de los 25”, un grupo de jóvenes de varias universidades y movimientos sociales del país, que se estructuró en parte por la convergencia de muchos de ellos en el trabajo de Esquel. En su etapa inicial incorporó las herramientas y la filosofía del Liderazgo Integrador.

Los jóvenes de La Ruptura cuestionaban la política nacional y los resultados del periodo democrático, uno de los ejes de este movimiento era la crítica al estilo de liderazgo de los partidos: vertical y autoritario. Como se mencionó, los inicios de “La Ruptura de los 25” se hicieron visibles y públicos a partir de manifestaciones concebidas en los talleres de Esquel. Además cuatro de sus más importantes líderes: María Paula Romo, Norman Wray, Juan Sebastián Roldán y Alexandra Ocles estuvieron ligados a Esquel en diferentes áreas de trabajo y/o participaron en los talleres del “Construyendo el Nosotros”, y dos de ellos (Roldán y Wray) fueron instructores del PLI.

La “Ruptura de los 25” estaba constituida por jóvenes con un discurso diferente y fresco, que representaban una alternativa a la política tradicional tan devaluada, por eso fueron bien acogidos entre los jóvenes universitarios y en los medios de comunicación nacionales. El movimiento se hizo muy visible en poco tiempo. Con la llegada de Rafael Correa al poder (2007) se sumaron a su gobierno. Wray y Romo fueron asambleístas constituyentes de Alianza País, movimiento al que se incorporó la Ruptura.

Luego de la Constituyente, Romo fue electa legisladora, y Wray entró al concejo de la Alcaldía de Quito como parte de Alianza País, el movimiento de gobierno. Entre tanto Ocles fue nombrada secretaria de los Pueblos, y Roldán, secretario de Transparencia, es decir ministros del régimen. La Ruptura colaboró con el gobierno hasta enero de 2011, cuando Correa llamó a una consulta popular para reformar el sistema judicial, los miembros de la Ruptura consideraron que el Presidente se estaba excediendo en sus funciones y dejaron la alianza con el movimiento de Gobierno (El Universo 2011).

Después de un largo y tortuoso proceso, en 2012 “La Ruptura” se institucionalizó como un movimiento político. Sin embargo, en las últimas elecciones, ya sin el amparo del movimiento de Rafael Correa, tuvieron muy malos resultados. Wray quedó en el penúltimo puesto (1,31% de los votos) de los ocho candidatos a la presidencia, y Romo perdió su curul. A pesar de este bajón, el movimiento está inserto en la población como un símbolo por un estilo diferente en sus prácticas políticas. Sin embargo, en 2016 fue absorbido por la Izquierda Democrática, uno de los más tradicionales partidos políticos.

¿Fue el PLI el germen de La Ruptura? María Paula Romo su líder más destacada, no lo ve así: “En ese programa participamos Norman Wray y yo. La Ruptura ya para entonces había empezado. En 1999 cuando cayó el sistema financiero, yo era presidenta del gobierno estudiantil de la Universidad San Francisco de Quito y había gente que estaba en la dirigencia estudiantil o en el Foro Nacional de la Juventud, y con la crisis del sistema financiero todos nos conectamos y luego vimos las coincidencias políticas. En 2004 hicimos nuestra primera reunión política, Decíamos que en 10 años vamos a hacer un partido político, y nos adelantamos...”. A pesar de esa evaluación es evidente que los jóvenes, los más destacados, que hicieron La Ruptura trabajaron en Esquel y pasaron por los talleres del PLI.

Sus otros integrantes entrevistados sostienen que los talleres de Esquel fueron importantes ya que lograron establecer redes y contactos que de otra manera hubiesen tardado más tiempo o quizás no se habrían concretado. Sin embargo, niegan que el grupo sea una creación artificial producto de los talleres. Malki Sáenz, ambientalista quiteño (1976) es uno de los miembros fundadores de La Ruptura, grupo con el que se formó y militó en política, y afirma que desde Esquel no había la intención de “formar ningún grupo de nada”.

Alexandra Ocles (Quito, 1979) también miembro de la Ruptura y seleccionada para participar en los talleres por ser dirigente de las mujeres negras de los barrios del Sur, explica: “en los talleres había una discusión muy fuerte respecto a la representación de los partidos políticos y del Estado en los talleres, pero no se creó al grupo dentro del PLI”.

¿Cuánto influyó entonces el proyecto? Romo asegura: “Yo creo que si hoy se vuelve a hacer un proyecto similar, no sé cuánta gente estaría dispuesta a participar. Siento que hoy la gente está menos dispuesta a debatir públicamente los asuntos públicos, en ese entonces estábamos en un momento que como el debate no estaba en ninguno de los lugares que debía estar, ni en el sistema político ni en los partidos políticos, ni en el Estado, la gente se hizo cargo del debate. Hoy el debate es solo en el partido de Gobierno, con una o dos voces oficiales, y ni siquiera ahí veo suficiente gente a debatir los asuntos públicos. Cuando se hizo el proyecto era lo contrario, era un momento en que todo el mundo estaba discutiendo y tal vez fuera del sistema político hasta con más autoridad, ahora es lo contrario. Ese programa era un espacio válido porque había una gran inquietud por plantear los temas y no había un espacio legitimado para aquello”.

¿Se hacía política con el proyecto para deliberadamente crear un grupo como La Ruptura? Norman Wray evalúa: “Con ese proyecto se trataba de construir un liderazgo que tenga la posibilidad de juntar a la gente para poder generar acciones colectivas de transformación, más que un liderazgo que compita por el poder. Un liderazgo que reconociendo a cada uno como actor de poder pueda encontrarse para generar una acción colectiva en mejoramiento de la vida de la gente, de la dignidad de las personas”.

Wray continúa: “Entre 2001 a 2004 se buscaba elaborar una base de acuerdos en una agenda para el país en temas claves. Una ebullición a la sociedad civil como convocante a estos acuerdos que no encontraban eco en las fuerzas políticas, eso fue parte de la crisis. En esta transición de ir convocando a distintos espacios el liderazgo integrador fue una herramienta más que como proyecto, como una herramienta, un concepto institucional. Tenemos que convocar a distintos sectores para que encuentren puntos en común sobre estos temas. Antes había actividades, pero después un concepto de trabajo en el área de democracia”.

Dolores Padilla asegura: “No apuntábamos a que se fortalezca un líder, sí desarrollábamos habilidades de liderazgo en cada uno, pero el afán fundamental era la construcción del equipo, del grupo, el fortalecimiento en un proceso colectivo el que un grupo lidere ese proceso, que empuje más allá o con unos pasitos adelante que el resto”. Esta aspiración de Dolores Padilla encontró sus límites en la cultura del país. “Esta era una propuesta no solo de módulos o de manejo de conflictos, o de alianzas estratégicas, sino que había una propuesta conceptual que les decía el liderazgo tiene que ser transformador, tiene que cambiar algo, el liderazgo no puede ser de uno sino colectivo, en la medida que los procesos y los objetivos son colectivos, un rompimiento con la tradicional forma de liderazgo sobre todo en los sectores locales, que son tradicionales, clientelares, gamonales, reproductores de lo que sucede en las matrices nacionales. La posibilidad que tenemos es de incidir con unas nuevas propuestas”.

Este detallado recorrido por el proyecto, sus directivas, objetivos, estrategias e influencias muestran cómo el trabajo de una ONG, en este caso Esquel, centrada en los asuntos de democracia, forjaron una perspectiva sobre la política y su ejercicio en la que trataban de tomar distancia de las prácticas tradicionales. Los jóvenes y adultos convocados en los diversos talleres se juntaron alrededor de un proyecto. ¿Es posible construir una agenda nacional a partir de la visión particular de un grupo como una solución para la crisis política? ¿En qué devinieron estos lineamientos? ¿A qué manifestaciones ideológicas correspondían? El siguiente capítulo analiza estas facetas.

Capítulo segundo

La antipolítica, una respuesta a la deslegitimación del sistema de partidos

El desarrollo y evolución del proyecto de Esquel, que fue importante por su duración y difusión, patentizan las repercusiones de la crisis política y económica de fines del siglo pasado en la sociedad civil ecuatoriana. De hecho, con las entrevistas realizadas a los participantes del Programa de Liderazgo Integrador, se evidencia que la sistematización del proyecto se construyó a partir de dos esquemas: la crítica al sistema de partidos –cuestionando su legitimidad de representación–; y la viabilidad de la representación política de la sociedad civil, encarnada en los movimientos sociales y otras organizaciones, entre ellas las ONG.

La construcción de estos conceptos en los talleres –la búsqueda de una forma diferente de hacer política– se hizo a partir de las experiencias de los gestores del programa, la mayoría militantes de organizaciones sociales y/o miembros de ONG. El testimonio de Dolores Padilla, directora del proyecto, muestra el origen de esta perspectiva.

Ella lo conceptualiza así: “Yo he estado muy ligada al movimiento de mujeres y había trabajado creando al movimiento en defensa de los derechos de los niños. Estoy muy articulada al proceso (ciudadano) como opción personal, por eso se apuntó a fortalecer a esos actores sociales. En ese proceso de ciudadanización de la política –yo creo que son tres décadas en que se va creciendo el movimiento ciudadano con diferentes nombres se hace evidente la diversidad ecuatoriana y ahí el sujeto histórico más importante es el movimiento indígena– se construyó una voz colectiva y propositiva, mujeres, niños, jóvenes, pueblos, nacionalidades indígenas, asociaciones locales, ambientalistas, redes nacionales y locales. Estas lograron identificar agendas particulares, propuestas y acuerdos que se traducían por la general en propuestas públicas, que llegaban a las instancias estatales en donde luego se detenían en sus ejecuciones. Ante la ausencia del Estado en este proceso se desarrollaron múltiples espacios de participación: asambleas, veedurías ciudadanas, amplios ejercicios de contraloría social, diálogos, consensos, movilización que, sin lugar a duda, fortalecieron a la democracia viva, cercana, directa, en contraposición con los partidos políticos. A esto le

llamamos ciudadanía de la política, que significó fricción y colisión con lo establecido, un proceso nuevo surgió en el país”.

¿Esa figura permitió una orientación más democrática de la sociedad? ¿Qué pasa cuando las demandas de los diversos sectores se contradicen entre ellas porque persiguen distintos intereses (Innerarity 2014)? ¿Dónde queda la función mediadora de los agentes políticos, como los partidos, ante el Estado?

El gestor del “Bridging Leadership”, Boris Cornejo, asegura: “El haber hecho que la gente tenga herramientas para conversar, hacer campañas, tener organización era importante. Si me preguntarían: ¿es posible planificar el cambio? Yo respondería: No, es imposible. Nosotros no veíamos lo que tenemos ahora. Pero sí es posible generar las partes y piezas para empujar un proceso de cambio. Proceso de cambio que luego ya no lo controlas. Un espacio de cambio que requiere de gente comprometida, de actitudes, de espacio, información, y eso hicimos nosotros. Por fuerza de mil otras circunstancias hoy tienes un país que tiene un norte, te guste o no, tiene un liderazgo absolutamente fortalecido y unas instituciones. Hay definiciones, sobre todo, en esa época no había”.

Malki Sáenz, instructor y participante, recuerda: “la democracia no era la discusión inicial, era la discusión final. ¿En este sistema en el que vivo ahora puedo o no puedo hacerlo?”. Otro de los talleristas, el dirigente indígena imbabureño y funcionario de Alianza PAIS, Germán Flores (1976) evoca: “era como que los partidos políticos eran los causantes de la crisis del país, y eran cerrados y doctrinarios. Había que liberarse de eso y construir algo más democrático, abierto y mayor representación para la construcción de un nuevo país”. Cuando Flores conformó el proyecto también participaba en paralelo en otro programa para jóvenes líderes indígenas del Banco Mundial en el Ecuador. Es decir, el diagnóstico sobre las falencias originarias para el desarrollo en el país y el tipo de soluciones que se buscaban no era exclusivo de Esquel, la búsqueda de una nueva forma de liderazgo político estaba presente en varias instancias nacionales e internacionales.

¿Este acercamiento ciudadano a la forma de hacer política creó las bases para otras formas de liderazgo, como se planteaba en el proyecto? ¿O lo que se trató en los talleres fue tan solo la réplica del sentir y de la frustración de la sociedad ante la deslegitimación de los partidos políticos, pero sin una salida política alternativa (Bobbio 2002, 44)? ¿Los partidos

mantuvieron el monopolio de la debacle? ¿Por qué la sensación de que ellos originaron todos los males de la sociedad? ¿Qué papel debían jugar los movimientos sociales, los sindicatos y las ONG en este proceso? ¿Por qué política representativa y participación ciudadana pasaron a ser antagónicos?

Un gran número de los integrantes de los talleres –instructores o asistentes– se convirtieron en protagonistas políticos (ver tabla 1 pág. 45) en los años posteriores y muchos de ellos participaron en la elaboración de la Constitución de 2008, un código con profundas huellas antipolíticas, tanto en sus orígenes (Echeverría 2007, 28) como en sus instituciones. Es decir, según Echeverría, el nuevo sistema fue construido desde la antipolítica entendida como la “crítica a la ineficacia y corrupción de la política tradicional (28)”.

Estas reacciones contra el sistema de partidos y el cuestionamiento a la representación democrática –por la escasa respuesta de los partidos a los problemas y demandas sociales (Dagnino, Olvera y Panfichi 2006)–, se repitieron durante el siglo XX y han continuado con fuerza en el XXI, en América Latina y en Europa (Berger 1979, Fergusson 1994, Mayorga 1995, Hogan 2014), con diferentes resultados. Así la sociedad civil, en sus más amplias concepciones –desde los movimientos sociales hasta las ONG–, estableció interacciones con la sociedad política que van desde la cooperación a la confrontación total (Bobbio 2002). En el siglo pasado las protestas de finales de la década de los 60 muestran la potencia de la presencia de la sociedad civil, que irá mutando en formas y representaciones, hasta convertirse en un actor político fundamental. “The protesters of the sixties were the first to express that rejection of the state which was to become the common core of belief of much of the new politics in Western Europe” (Berger 1979, 33).

Para analizar lo sucedido en los talleres de Esquel, como un espacio donde la sociedad civil trataba de presionar a la sociedad política, haré en este capítulo una revisión de los alcances y límites de la sociedad civil; para luego explicar la debacle de los partidos políticos y así entender mejor la tercera parte: la vía antipolítica. Para finalmente abordar la conjunción (anacrónica) entre antipolítica y representación.

1. Los alcances y límites de la sociedad civil

1.1. ¿Qué es la sociedad civil?

Los asistentes a los talleres y los miembros del *think tank* “Construyendo el Nosotros”, entrevistados para este trabajo, no recuerdan que en esa época se autocalificaran como “sociedad civil”, una expresión que años más tarde se divulgó en el Ecuador hasta ser parte del vocabulario cotidiano y mediático, y englobar a cualquier estructura de ciudadanos organizados. A partir de la década de los noventa del siglo pasado en las ciencias sociales el axioma es generalizado (Whaites 2002, 137), sin embargo el concepto ha coexistido desde siempre en con la noción de política (Bobbio 2002, 39-67).

Norberto Bobbio, en un recuento histórico sobre la evolución del término, sostiene que la “sociedad civil” ha sido un concepto siempre presente en la filosofía política, por ser uno de los términos de la gran dicotomía sociedad civil/Estado. “Negativamente, se entiende por ‘sociedad civil’ la esfera de las relaciones sociales que no está regulada por el Estado, entendido restrictivamente, y casi siempre polémicamente, como el conjunto de los aparatos que en un sistema social organizado ejercen el poder coactivo” (39).

Es decir que: “la expresión “sociedad civil” como fue utilizada en el siglo XIX –que es la misma que se sigue aplicando hoy– nació de la contraposición, desconocida para la tradición, entre una esfera política y una esfera no-política” (41). Para el politólogo italiano, a la sociedad civil se la ha definido a partir de tres acepciones: la de “lo no-estatal y lo pre-estatal”, la de “lo anti-estatal” y la de “lo post-estatal”. En la primera: “En un sentido no estrictamente marxista se puede hablar... de la sociedad civil como una subestructura y del Estado como una superestructura”. (41) En lo anti-estatal: “La sociedad civil adquiere una connotación axiológicamente positiva e indica el lugar donde se manifiestan todas las instancias de cambio de las relaciones de dominio, donde se forman los grupos que luchan por la emancipación del poder político, donde adquieren fuerza los llamados contrapoderes”. (42). Y la no -estatal, “representa el ideal de una sociedad sin Estado destinada a surgir de la disolución del poder político”. (42)

Bobbio, luego de explicar las diferentes acepciones, sostiene que:

En una primera aproximación se puede decir que la sociedad civil es el lugar donde surgen y se desarrollan los conflictos económicos, sociales, ideológicos, religiosos, que las instituciones estatales tienen la misión de resolver mediándolos, previniéndolos o reprimiéndolos. Los sujetos de estos conflictos y por tanto de la sociedad civil, precisamente en cuanto contrapuesta al Estado, son las clases sociales, o más ampliamente los grupos, los movimientos, las asociaciones, las organizaciones que las representan o que se declaran sus representantes; al lado de las organizaciones de clases los grupos de interés, las asociaciones de diverso tipo con fines sociales e indirectamente políticos, los movimientos de emancipación de grupos étnicos, de defensa de derechos civiles, de liberación de la mujer, los movimientos juveniles, entre otros (43).

Dentro de esta categorización se evidencia que el trabajo de Esquel estuvo centrado en la sociedad civil, por eso se prioriza a ciudadanos movilizados que forman parte los movimientos sociales y juveniles. Por los testimonios y actividades su evolución pasó desde lo no-estatal, a lo anti-estatal, hasta irse situando en lo post-estatal, con una influencia que trascendió por las posiciones que ocuparon algunos de los participantes, como se visualiza en la siguiente tabla.

Tabla 1

Los miembros del PLI después de los talleres

Nombre	Cargo	Funciones después de los talleres
Dolores Padilla	Directora del proyecto	Candidata a la vicepresidencia (2002). Consultora en la Constituyente sobre derechos políticos de las mujeres (2007).
María Paula Romo	Facilitadora y tallerista	Asambleísta constituyente de AP (2007), vicepresidenta de la mesa de Legislación y Fiscalización.
Norman Wray	Capacitador	Asambleísta constituyente de AP (2007), presidente de la mesa de Reforma del Estado y Gestión Pública. Concejal de Quito de AP (2009). Candidato a la presidencia por Ruptura (2013).
Malki Sáenz	Tallerista y capacitador	Asesor en la Constituyente de Norman Wray (2007). Entre 2008 y 2015 asesor en el Ministerio Coordinador de la Política, en la Iniciativa Yasuní y el Ministerio de Patrimonio.
Alexandra Ocles	Tallerista	Diputada alterna por el socialismo (2003-2007). Asambleísta constituyente de AP (2007), asambleísta. Secretaria de los Pueblos (2011). Secretaria Nacional de Gestión de Riesgos (2017).

Germán Flores	Tallerista	Viceministro de Inclusión Social (2012). Consultor en Escuela de Gobierno de Ibarra (2014).
Luis Macas	Participante de “Construyendo el nosotros”	Líder histórico del Movimiento indígena. Ministro de Agricultura (2003).
Ángel Medina	Participante de “Construyendo el nosotros”	Secretario Ejecutivo de Nacionalidades y Pueblos del Ecuador (2012).
Catherine Chalá	Participante de “Construyendo el nosotros”	Coordinadora del Plan Plurinacional contra el Racismo (2012).
Roque Sevilla	Participante de “Construyendo el nosotros”	Alcalde de Quito, 1998-2000. Iniciativa Yasuní (2007). Empresario.
Luis Maldonado Ruiz	Participante de “Construyendo el nosotros”	Experto en nacionalidades y militante del movimiento indígena. Ministro de Bienestar Social (2001).
Andrés Hidalgo	Participante de “Construyendo el nosotros”	Empresario.
Gaby Foster	Participante de “Construyendo el nosotros”	Empresaria.
Eva García	Participante de “Construyendo el nosotros”	Candidata a la vicepresidencia por la ID (2002). Ministra de Industrias (2017).
Mariana Galarza	Participante de “Construyendo el nosotros”	Programa aliméntate Ecuador (2007).
Rafael Correa	Capacitador	Presidente de la República 2007-2017.
Cornelio Marchán	Participante de “Construyendo el nosotros”	Director de Esquel.
Orlando Pérez	Participante de “Construyendo el nosotros”	Secretario de Comunicación de la Asamblea Constituyente (2007). Director del diario público El Telégrafo (2012).
Juan Sebastián Roldán	Capacitador	Subsecretario de Gobierno (2008). Secretario Nacional de Transparencia (2010). Secretario Particular de la Presidencia (2018).
Boris Cornejo	Vicepresidente de Esquel, conceptualizador del proyecto	Vicepresidente y presidente de Esquel.

Fabián Corral	Participante de “Construyendo el nosotros”	Jurista, académico, articulista El Comercio.
Virginia Andrade	Participante de “Construyendo el nosotros”	Empresaria.
Fernando Moncayo	Capacitador	Titiritero, director La Rana Sabia.
Luz Marina Vega	Participante de “Construyendo el nosotros”	Médico. Implementó la combinación entre la medicina occidental y la ancestral en Cotacachi.
María Cristina Maldonado	Participante de “Construyendo el nosotros”	Actividad privada.
Ángel Quiñónez	Participante de “Construyendo el nosotros”	Académico, especialista en el movimiento afro.
Carol Murillo	Participante de “Construyendo el nosotros”	Subdirectora del diario público El Telégrafo (2006), agregada cultural en México (2014)
Gustavo Vega	Participante de “Construyendo el nosotros”	Rector de la Universidad de Cuenca. Presidente del CONESUP (2007)
Fernando Bustamante	Participante de “Construyendo el nosotros” e instructor	Ministro Coordinador de seguridad (2007). Ministro del Interior (2008), Asambleísta (2009-2017).
Nelson Reascos	Participante de “Construyendo el nosotros”	Académico.
Oswaldo Jarrín	Participante de “Construyendo el nosotros”	Ministro de Defensa (2005).
Constanza Calderón	Participante de “Construyendo el nosotros”	Representante de la CAF.
José Valencia	Participante de “Construyendo el nosotros”	Diplomático de carrera.
Gabriela Rivadeneira	Tallerista	Concejal de Otavalo por Pachakutik (2004). Vicealcaldesa de Otavalo (2006). Viceprefecta de Imbabura (2009). Gobernadora d (2011). De 2013 a 2017 presidenta de la Asamblea.
Paúl Granda	Tallerista	Vicealcalde de Cuenca (2006). Alcalde de Cuenca (2009). Consejero de embajada en España 2014-2017. Ministro de Transporte (2017).

Fuente y elaboración propias

1.2. Sociedad civil y desarrollo, una perspectiva internacional

La influencia de la sociedad civil, acogiendo la amplia definición de Bobbio, en el tablero político ha crecido y ha tomado distintas derivas a nivel global (Whaites 2002, 139). Para muchos, en las democracias occidentales la participación de la sociedad civil ha caminado de la mano con la representación política y ha fortalecido la democracia (Echeverría 2001, 46; Mayorga 1995, 4). De hecho, incluso algunos movimientos que germinaron en la sociedad civil terminaron incorporándose al sistema de partidos. Un ejemplo es el movimiento ambientalista en Alemania (Mayorga 1995, 4) que se convirtió en un partido, con fuerza y representatividad en el parlamento de ese país.

En otros casos, como Europa del Este, después de la disolución del bloque soviético, la añorada fuerza movilizadora de la sociedad civil terminó transformándose “en una gran ONG”, que tiene por función llenar los grandes vacíos que deja el Estado. “Nous voulions une société civile pleine d’allant, et tout ce que nous avons obtenu, ce sont des ONG” (Graff y Dayan-Herzbrun 2009, 255).

¿Cuánto ha cambiado la irrupción de la sociedad civil en la política? Según René Mayorga, su alcance es limitado:

Los movimientos sociales no han llenado las exageradas expectativas que despertaron ni han cumplido los objetivos de transformación política que muchos sociólogos les atribuyeron como portadores de una gran transformación social y cultural del mundo moderno. Es evidente que los movimientos sociales han replanteando problemas fundamentales de la sociedad, la política y la cultura contribuyendo a revisar nuestra visión del mundo, pero es discutible que se hayan transformado en los nuevos sujetos sociales autónomos (1995, 4).

Como se evidenció en el primer capítulo de observación del proyecto de Liderazgo Integrador, el eje que atravesaba los talleres y encuentros fue la búsqueda de “transformación política” en oposición al manejo de los políticos y se la direccionaba a cómo mejorar el “liderazgo social” y la “ciudadanización de la política”. Si ese fue el tema escogido por Esquel para aplicar el Bridging Leadership es porque en el país y en el continente se señalaba el origen de los grandes problemas de desarrollo a los desencuentros en el mundo de la política.

Por eso, la gobernabilidad, es decir la capacidad de manejar los acuerdos políticos (Bobbio 2002, 119), se convirtió en el primer objetivo a cumplir para generar desarrollo

(Whaites 2002; Sorj 2007) y en ese camino entraron las ONG de desarrollo como Esquel. Una concepción que se venía gestando a nivel global, ya que la cooperación internacional comenzó a priorizar el desarrollo y la gobernabilidad a través de las ONG y de los movimientos sociales, bajo el paraguas de sociedad civil (Whaites 2002). Para este autor, la relación de los donantes internacionales (generalmente del Norte) con las ONG del sur comenzó a moldear un concepto de sociedad civil como un agente democratizador, lo que también influyó en la relación de la sociedad civil con el Estado. Un vínculo que según Whaites (2002, 193). podía cambiar la hoja de ruta del desarrollo de algunos países:

Desde 1990 el concepto de sociedad civil ha sido ‘acaparado’ por las ONG, como si fuera parte consustancial de sus fortalezas naturales. Superficialmente, se podría decir que la sociedad civil está íntimamente conectada con el papel de las asociaciones o grupos comunitarios locales, y con el sector de las ONG populares. Para las ONG del Norte, ello conlleva una asociación intelectual entre la sociedad civil y las ‘contrapartes’ locales u organizaciones ejecutoras.

Para Whaites (2002, 158) la confluencia entre gobernabilidad y ONG llevó a que el lenguaje democrático dominara los círculos del desarrollo, que “a nivel de proyecto y programa, aparece como un compromiso de ‘participación’. Este concepto es cacareado por todo tipo de agencias, desde las enormes multilaterales hasta las más pequeñas organizaciones populares. Parecería que casi ningún proyecto carece hoy de algún elemento ‘participativo’.

El recorrido del Liderazgo Integrador evidencia en la práctica esta aproximación teórica y plantea algunas preguntas: ¿Puede la sociedad civil forjar *per sé* el desarrollo y la democracia? ¿Cuáles son sus límites? ¿Cómo se representa? Para Whaites, es un hecho que: “La forma en que las ONG de desarrollo perciben a la sociedad civil, y sobre la que consecuentemente diseñan sus proyectos de movilización de las asociaciones civiles, puede tener un efecto significativo en la evolución de la sociedad civil (o en su estancamiento) en aquellos países donde trabajan (138)”. César Montúfar también plantea algunas limitaciones: “[...] esta nueva retórica adolece del error de basarse en una noción pro estatal de sociedad que, relacionada a un modelo de democracia participativa, desliza una perspectiva antipolítica del Estado y de la representación” (Montúfar 2004, 64).

Sobre la preminencia del crecimiento y la intervención de la sociedad civil, a través de las ONG en temas de política y democracia, Bernardo Sorj explica:

La sociedad civil concita el respaldo de grupos tan diferentes como las grandes corporaciones, los gobiernos de países desarrollados, el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y el Foro Social Mundial, por no mencionar el apoyo de los partidos políticos de derecha e izquierda en todo el mundo. Para algunos, la sociedad civil es un término ómnibus sin significado preciso, mientras que para otros se trata de un nuevo concepto capaz de iluminar el camino hacia un mundo mejor. A pesar de su imprecisión, que refleja, como veremos, la lucha por su apropiación por diferentes actores sociales, no podemos olvidar que está en el centro de los debates sobre la democracia y los procesos de democratización (2007, 127).

En principio, sostiene el autor, nadie ha elegido a las ONG como sus representantes, estas en su mayoría están manejadas a través de las agendas de las ONG de los países desarrollados que son sus financistas, pero se proyectan como predestinadas para manejar el bien común. Este es un principio que también aplica en el caso de este estudio. Si bien el origen de Esquel es nacional, su interdependencia con Synergos, una fundación que nació en 1986, que ha trabajado en más de 30 países en desarrollo, que tiene como eje fundamental de su trabajo el “Bridging Leadership”, y en la que encontramos donantes como Bill & Melinda Gates Foundation, Peggy Dulany Rockefeller, American Express Foundation, Rockefeller Foundation, Bloomberg Philanthropies, Harvard Ministerial Leadership In Health, Harvard School of Public Health, Institute of International Education JP Morgan Private Bank, Rockefeller Brothers Fund. Donantes que tienen su agenda de desarrollo y que marcan a las fundaciones con las que trabajan, donde generalmente se ha llevado a despolitizar el trabajo de desarrollo, en función de la eficiencia (Ferguson 1990).

Esta influencia está presente en la proliferación de Organizaciones No Gubernamentales en las décadas de los ochenta y noventa para reequilibrar el espacio de un Estado que se achicaba en nombre de la modernización, dio paso a la convivencia de las ONG con los movimientos políticos y con los sectores más desfavorecidos (Arellano-López y Petras 1994,73). Para apoyar esta vía alternativa de desarrollo, los organismos multilaterales también pasaron a considerarlos sus contrapartes.

En un artículo de investigación sobre la influencia y el trabajo de las ONG en Ecuador y Venezuela, su autora explica cómo la gobernabilidad prescrita por los grandes donantes (generalmente los organismos multilaterales y en el caso de estudio en particular el Banco Mundial) se basa en tres pilares: la privatización, la descentralización y la participación a través de la sociedad civil, casi siempre representada por las ONG. Esa situación las posicionó en una zona ambigua, ya que las ONG debían ocuparse de campos técnicos de desarrollo mientras intervenían en lo político. Un callejón sin salida: hacer política sin política. “Le problème majeur de ce discours peut être formulé ainsi: l’utilisation de la gouvernance comme solution aux problèmes de gouvernabilité tend à effacer la dimension politique de l’acte de gouverner” (Quentin 2005, 38). En efecto, al eliminar la dimensión política, en función de lo técnico o de problemas puntuales de intereses de ciertos grupos y movimientos sociales, sin un filtro mediador, función que en principio deberían ejercer los partidos, la representatividad y negociación democrática entran en una zona oscura. Al respecto Bernard Sorj asegura:

Las ONG contemporáneas, en cambio, afirman su legitimidad en base a la fuerza moral de sus argumentos y no por su representatividad. Se trata entonces de algo nuevo, de un conjunto de organizaciones que promueven causas sociales sin recibir el mandato de las personas que dicen representar... En ese sentido, las ONG constituyen una real revolución en el dominio de la representación política (2007, 133).

Es en esta convergencia de una sociedad civil que trata de hacer política en nombre de todos, sin mediadores que articulan los intereses contrapuestos, que ha llevado a una práctica antipolítica para llegar al poder político. En el Ecuador, el más importante de ellos fue el movimiento indígena que con el pasar de los años terminó integrándose en la política partidista. Pero en sus inicios, “Este movimiento se afincó en la idea que los grupos excluidos de la sociedad, encabezados por el movimiento indígena, no se encontraban representados en el sistema de partidos dominante y que, por tanto, debían buscar medios y espacios alternativos de participación política desde la sociedad civil” (Montúfar 2004, 133).

El recorrido del proyecto de “Liderazgo Integrador” evidencia la concepción que tenían las ONG a finales del siglo pasado sobre la influencia de la sociedad civil y de su posibilidad de representación, en vista de las carencias de los partidos políticos. Los actores sociales que participaron del proyecto, como facilitadores, talleristas u organizadores

propagaron sus cuestionamientos al sistema político en sus organizaciones y en la opinión pública. Ese tipo de reflexiones comenzaron a tomar forma concreta en lo político cuando el país, luego de un doloroso proceso de reacomodo por la dolarización –decretada en el año 2000–, comenzó a estabilizarse. Hasta ese momento, ¿qué había pasado con los otros agentes políticos? ¿Por qué los partidos llegaron a niveles tan bajos de legitimización?

2. La debacle de los partidos

A finales de los setenta del siglo pasado, para la transición de la dictadura militar a un régimen democrático, se implementó una nueva institucionalidad diseñada con base en un sistema de partidos fuertes (Hurtado 1990, 80), agentes políticos que, hasta ese entonces, no se habían consolidado en el país con estructuras sólidas ni populares (Sánchez, 2008). Una transición similar, basada en el estímulo a los partidos, se planteó no solo en América Latina sino también en países europeos que pasaron por periodos de dictadura como España (Berger 1979, 27).

El italiano Giovanni Sartori en *Partidos y Sistemas de partidos* (1999, 26) pone el acento en el fortalecimiento de los partidos para la conformación de democracias institucionalizadas: “los partidos basados en principios, especialmente en principios abstractos y especulativos, solo se conocen en los tiempos modernos y quizás sean el fenómeno más extraordinario e inexplicable que se haya dado en asuntos humanos”.

De hecho, la creación y evolución de las democracias en Europa y en Estados Unidos –modelos del sistema político ecuatoriano– dependieron de la estructuración de los partidos, del salto de facciones a partidos, del afianzamiento de la oposición, de la institucionalización del disenso y el consenso, “las conexiones honorables” (Sartori 1999, 44), dentro de un sistema de partidos. Condiciones que caminaron en paralelo al desarrollo social y económico. Por eso –explica el politólogo–, “El partido político moderno se puede calificar, con muy poca exageración, de hijo de la revolución industrial” (46). Según el autor, son los partidos instrumentos necesarios y legítimos de un gobierno libre, los representantes que vinculan al pueblo con un gobierno y son los llamados a traducir las preferencias de las masas a las políticas públicas (52). Sartori reivindica como legítimas y fundamentales las alianzas y las conexiones entre partidos.

No obstante, la sola existencia de los partidos no deriva en la consolidación de un sistema de partidos “es posible que primero haya de existir la comunidad política, quizás la unión deba proceder a la ‘partición’ de partidos y quizás sea esta la condición que hace que los partidos sean una subdivisión compatible con la unión, y no una división que la perturbe” (39). Es decir, según Sartori, resultan fundamentales las interacciones entre los partidos y los ciudadanos para que estos respondan ante sus electores, pero también ante el Estado.

Es justamente esta falta de respuesta que ha colocado en entredicho al “sistema de partidos” en la mayoría de las democracias del mundo (Bobbio 2001, 56). La incapacidad de procesar las demandas sociales y la imposibilidad de llegar a acuerdos han causado recurrentes crisis de ingobernabilidad, y “la ingobernabilidad produce crisis de legitimidad” (Bobbio 2002, 44). En síntesis, los partidos políticos están en la base del desprestigio del mundo político. Para Suzanne Berger “The parties’ diminished ability to receive the signals of changing social values and interest, let alone to express these changes in new programs, or to translate them into policy, explains much of this disillusion” (1979, 48). Por ello, “Among the institutional failures of the past decades, those of the political parties stand out as critical” (27).

En el Ecuador el afianzamiento estructural del “subsistema de partidos” no se dio con el retorno a la democracia ni con su consolidación. Nunca se materializó un partido de masas. sólidamente arraigado. Esto es, según la categorización de Sartori, no un partido multitudinario sino un partido no personalizado, con políticos profesionales, y una consistente institucionalización. A pesar de una relativa estabilidad entre 1979 y 1996, la volatilidad de las alianzas de los partidos en el Congreso, y los estrechos márgenes del manejo estatal del Ejecutivo, casi siempre sometido a tratos con caudillos locales –que ejercían como diputados provinciales– para la aprobación de las proformas presupuestarias, entre otras formas de chantaje político, detonaron “la crisis de legitimidad”.

El sistema –establecido a finales de la década de los setenta del siglo pasado por una comisión, presidida por el demócrata cristiano Osvaldo Hurtado– se basó en la Ley de Partidos Políticos y la Ley de Elecciones, que fueron puestas en vigencia vía decreto de la dictadura militar. Con estas leyes le entregaron el monopolio legal de la participación y

representación a los partidos políticos (Sánchez, 2008). Según el autor, las contradicciones en el sistema política se debieron a que:

El derecho de exclusividad de estos [de los partidos] para presentar candidatos generó una tensión entre representación y participación, debido a que los partidos, al ser en su mayoría de nueva creación o con una débil estructura, no tenían fuertes raíces en la sociedad y no eran ‘representativos’ de los distintos sectores. Esto provocó que los partidos necesitasen para ingresar en ciertos espacios o para que fuesen sus candidatos de personas o líderes con cierta representatividad ya adquirida, que por lo general reproducían las formas tradicionales de la política: caciquismo, personalismo, clientelismo, populismo –modelos de representación que la nueva Ley de Partidos y la Ley de Elecciones querían erradicar–. Personas que en otro ambiente institucional no hubiesen necesitado de los partidos, se vieron obligadas a afiliarse o a buscar un partido para poder hacer política. En esta relación instrumental entre líderes a los que se les ofrece candidaturas y potenciales candidatos que buscan partidos, se puede hallar las matrices de la debilidad del sistema de partidos del Ecuador (40).

Ese “monopolio de representación” se mantuvo hasta 1996, luego de que en un referéndum se aceptó la participación de los independientes, principio que fue incorporado en 1998, con la entrada en vigencia de una nueva Constitución (Sánchez 2008, 45). Sin embargo, en las siete elecciones presidenciales que se sucedieron entre 1979 y 2000 (tabla 2) los candidatos que llegaron a la Presidencia pertenecían a un partido político, aunque en tres de las siete ocasiones –Sixto Durán Ballén (Partido Unidad Republicana), Abdalá Bucaram (Partido Roldosista Ecuatoriano) y Lucio Gutiérrez (Partido Sociedad Patriótica) – lo hicieron con partidos creados para los candidatos.

En el periodo reflejado en la Tabla 2, hay partidos que aparecen y desaparecen al ritmo de las elecciones y unos pocos tienen presencia constante (sobre estos partidos que se hará una breve reseña más adelante). Si bien no cumplieron con los objetivos de la Ley de Partidos –frenar el multipartidismo, el personalismo y el caudillismo y fomentar el desarrollo de partidos nacionales ideológicos (Sánchez 2008)–, fueron los protagonistas de la política y de la escena electoral, aunque casi siempre son partidos regionales (Montúfar 2004). Así como en la participación en las elecciones presidenciales, estos partidos estuvieron presentes en la conformación del legislativo y de los gobiernos regionales. ¿Cuál fue su recorrido?

Los partidos políticos del Ecuador encuentran sus orígenes a finales del siglo XIX enmarcados en el binomio conservadores liberales, al igual que en otros países de América Latina, “que más que partidos eran identidades políticas tras las que se agrupaban los distintos

sectores” (Sánchez 2008, 41). A lo largo del siglo XX el espectro ideológico se fue definiendo. Las primeras formaciones partidistas son: Conservador, Liberal Radical y Socialista, los precedieron los “clubes electorales”, conservadores y liberales, que datan del siglo XIX. Como partidos se consolidaron a mediados de la década de los veinte del siglo pasado sin que se pueda determinar una fecha precisa (Quintero 1980, 112). Desde entonces se dieron una serie de divisiones, facciones y reconstrucciones, hasta la década de los setenta en que tuvieron que afianzarse bajo la nueva Ley de Partidos. Desde 1979 los vaivenes de los partidos han continuado, sin embargo, la presencia de algunos fue una constante en la política ecuatoriana de fines de siglo pasado, o han tenido particular relieve porque ocuparon la Presidencia de la República.

Con el retorno a la democracia, el primer partido en llegar al poder vía las urnas fue el CFP (Concentración de Fuerzas Populares) fundado en 1950. De mucha raigambre popular en los sectores urbano-marginales de Guayaquil (Menéndez 1986), después de la muerte de Jaime Roldós, y de la creación del PRE (Partido Roldosista Ecuatoriano), el CFP prácticamente desapareció de la escena electoral. El PRE finalmente acaparó espacio en el espectro electoral.

Entre 1979 y 2002, los partidos de izquierda que tuvieron presencia en las elecciones y representación en el Congreso fueron el MPD (Movimiento Popular Democrático) (prochino), que se instituyó en 1963, además del FADI (Frente Amplio de Izquierda) (prosoviético) y el Socialismo.

La ID (Izquierda Democrática) es parte de la internacional socialista, su base electoral se concentró en la Sierra desde que nace en 1970. Y cuando Rodrigo Borja llegó a la presidencia en 1988 obtuvo una sólida mayoría en el Congreso, una fuerza política que no se había dado hasta ese entonces y que no se repetiría hasta diez años después con la Democracia Popular (Alcántara Sáez y Freidenberg 1999, 83).

La Democracia Popular surgió de disidentes del Movimiento Socialcristiano, los conservadores progresistas y el ARNE. El partido ha ocupado dos veces la presidencia de la República (1981-1984 y 1998-2000), a pesar de haber tenido un fuerte apoyo electoral (Alcántara Sáez y Freidenberg 1999, 83) no pudo sostenerse tras la debacle provocada por Jamil Mahuad y desapareció.

EL FRA, es una escisión del partido liberal, siempre tuvo pocos militantes y representantes en el Congreso no obstante llegó a la presidencia de la República, tras el derrocamiento de Abdalá Bucaram y la no asunción de su vicepresidenta Rosalía Arteaga, todo gracias a alianzas que forjó su líder, Fabián Alarcón, con los partidos mayoritarios.

A la derecha del tablero está el PSC (Partido Social Cristiano) que nació como Movimiento Social Cristiano en 1957, aglutinaba a los terratenientes de la Sierra, y se convirtió en partido en 1967. Sus fundadores fueron Camilo Ponce Enríquez y Sixto Durán Ballén, ambos presidentes de la República respectivamente en 1956 y 1992 (aunque Durán Ballén no fue electo por este partido, sino por el PUR, Partido Unidad Republicana). Con la afiliación de León Febres Cordero, en 1978, su base de apoyo se relocalizó en la Costa, sobre todo en la provincia de Guayas.

Cabe una mención para el millonario Álvaro Noboa, que ha llegado a la segunda vuelta en las elecciones presidenciales en tres ocasiones (1988, 2003, 2006), lo hizo primero por el PRE y después con su propio partido el PRIAN, Partido de Renovación Institucional.

Este somero recorrido por la historia de los partidos muestra la volatilidad de la escena política en cuanto a formaciones ideológicas, un alto nivel de personalización, y la creación de movimientos y partidos que podría considerarse desechables. Estos partidos desde 1979 protagonizaron la escena política con una serie de acuerdos y arreglos que respondían más a los intereses coyunturales y propios que a los principios establecidos en sus idearios. César Montúfar (2004, 142) asegura que en los primeros 25 años del retorno a la democracia la representación partidista logró funcionar sobre todo a nivel provincial o regional, pero no en una instancia nacional, donde los intereses se resolvían en estructuras corporativistas, “los partidos ecuatorianos funcionan como maquinarias electorales, orientadas a permitir acceso a la toma de decisiones públicas por parte de grupos particulares” (138).

Tabla 2

Participación de los partidos en las elecciones presidenciales

Año de las elecciones	Partidos con candidatos presidenciales	Presidente electo y partido
1979	Liberal Radical, CFP, Frente Constitucionalista (seis partidos de derecha, entre ellos el PSC), Unión Democrática Popular (FADI), ID, FRA.	Jaime Roldós del CFP. Sucesido por Osvaldo Hurtado, de la DP.
1984	Partido Demócrata, CFP, DP, Frente de Reconstrucción Nacional (seis partidos de derecha, entre ellos el PSC), FADI, ID, FRA, MPD y Partido Socialista.	León Febres Cordero del PSC.
1988	Liberal Radical, CFP, DP, PSC, Partido Republicano, PRE, ID, Unidad Patriótica del Pueblo (coalición del APRE, Socialista y Liberación Nacional), FRA, Frente de Izquierda Unida (MPD y FADI).	Rodrigo Borja de la ID.
1992	Liberal Radical, Partido Assad Bucaram, CFP, DP, PSC, PUR, FADI, PRE, ID, APRE, MPD y Partido Socialista.	Sixto Durán Ballén, desafiliado del PSC, gana con el PUR creado para esa candidatura.
1996	Frente Democrático Nacional (Liberal y FRA), DP, PSC, PRE, APRE, MPD, Pachakutik-Nuevo País, Movimiento Unión Cívica Independiente, Movimiento Insurgencia Transformadora Independiente.	Abdalá Bucaram del PRE, es el primer presidente que no terminará su período desde 1979. Al cabo de seis meses, lo sucede como interino Fabián Alarcón del FRA.
2002	Liberal-META; Sociedad Patriótica-Movimiento Pachakutik Nuevo País, PSC, PRIAN, PRE, partido Libertad, ID, Movimiento Transformación Independiente, Movimiento Patria Solidaria (ex DP), Movimiento Amauta Jatari, Movimiento Fuerza Ciudadana.	Lucio Gutiérrez de Sociedad Patriótica, creado para esa candidatura. Terminará su periodo el independiente Alfredo Palacio.

Fuente y elaboración propias

Aunque Simón Pachano sostiene que sí hubo una relativa institucionalización de los partidos en el país (2007, 144), es un hecho que los mandatarios, los destituidos y los que terminaron su periodo, sus gobiernos y sus partidos no se afincaron en un sistema de partidos consolidado. Las destituciones de los presidentes Abdalá Bucaram (1997) y Jamil Mahuad (2000) y la avalancha de problemas económicos y sociales, generaron la deslegitimación provocada por la ingobernabilidad (Bobbio). Es por eso que la sociedad civil puso en la mira a los partidos, por el monopolio de la representación del que gozaron hasta 1996, como los grandes responsables de la situación política y social del país.

La relación funcional (Sánchez 2008) produjo desconfianza y desilusión en los ciudadanos, lo que deslegitimó al sistema político y llevó a “la pérdida de capacidad de los partidos políticos para agregar y canalizar intereses y demandas sociales” (Mayorga 1995,1). “En términos generales la expresión ‘democracia representativa’ quiere decir que las deliberaciones colectivas, es decir, las deliberaciones que involucran a toda la colectividad no son tomadas directamente por quienes forman parte de ella, sino por personas elegidas para este fin” (Bobbio 2002, 52). Los partidos fallaron en ese encargo de representación.

En las perspectivas de los talleres y los talleristas del proyecto de Esquel se evidencian el fracaso de la consolidación del sistema de partidos. La mayoría de participantes buscaba la solución a los problemas públicos fuera de los partidos. Es así que en los ocho años del Programa de Liderazgo Integrador primó el discurso de desconfianza hacia los políticos y los partidos como representantes de los intereses de los ciudadanos.

Una reacción que de una forma u otra se ha dado en todas las democracias y que provocó la irrupción de la sociedad civil (Berger 1979). Bobbio da a esta perspectiva una connotación positiva, porque es en la sociedad civil donde se forman, especialmente en los periodos de crisis institucional, los procesos de deslegitimación y de relegitimación. “De aquí la frecuente afirmación de que la solución de una crisis grave que amenaza la sobrevivencia de un sistema político debe buscarse ante todo en la sociedad civil, donde se puede encontrar nuevas fuentes de legitimación, y por tanto nuevos espacios de consenso” (Bobbio 2002, 44).

Visto desde una perspectiva negativa, la falla de la representación de los partidos produce una “brecha de confianza” entre la ciudadanía y sus representantes elegidos, por lo que esta “se ha ido expandiendo hasta convertirse *in crescendo* en desilusión y desencanto con las estructuras de la democracia representativa y los actores tradicionales de la política (los partidos), y finalmente desembocar en la antipolítica” (Mayorga 1997,1).

Justamente, en la primera parte de este trabajo de observación de los talleres de Esquel y del *think tank* de Liderazgo Integrador se evidencia que los asuntos de reflexión más relevantes giraban en torno a la representación política y a la falta de legitimidad de los partidos políticos, además de la búsqueda a una salida a la crisis de gobernabilidad, generada por los políticos profesionales. Aunque durante ocho años se buscaron fórmulas para enmendar estos conflictos, nunca se planteó una alternativa de toma del poder. Casi siempre en estas manifestaciones de la sociedad civil, los grupos están en contra del determinismo de los partidos tradicionales, pero también saben que lograr sus reivindicaciones deben pasar a través del Estado, y que paradójicamente para poder alcanzar sus reivindicaciones deben contar con los partidos y al Estado (Berger 1979, 39). El manejo de esta contradicción al parecer llevó a entronizar a la antipolítica como la mejor forma de arreglar la política.

3. La vía antipolítica

“En la edad moderna [el término política] se emplea comúnmente para indicar la actividad o el conjunto de actividades que de alguna manera tienen como término de referencia la polis, es decir el Estado” (Bobbio 2015, 1215). Esta definición restringida de la política permite explicar el nacimiento y evolución de la antipolítica. Sin embargo, a pesar de la construcción semántica de oposición de los términos política y antipolítica, estos no son siempre antagónicos. De hecho, la antipolítica, como se verá más adelante, ha servido para construir la política.

La antipolítica “ha sido conceptualizada como un conjunto de actitudes, orientaciones y conductas cuestionadoras y de repudio hacia un régimen o sistema democrático, en virtud de la frustración y decepción de los ciudadanos con la gestión o desempeño de sus administradores y gobernantes” (Thompson y Hill 2001, 13). En efecto, al limitar la “política” a las relaciones de poder entre gobernantes y gobernados, o a la conexión de los

ciudadanos con el Estado a través de una institucionalidad establecida (casi siempre los partidos y sus representantes electos) y al constatar sus falencias y el fortalecimiento paralelo de la sociedad civil como un actor con posibilidad de intervenir en lo político, la antipolítica aparece como una vía de solución ante la deslegitimación del sistema político tradicional.

En América Latina esta expresión-reacción tuvo su apogeo en la década de 90 del siglo pasado. Un fenómeno que coincidió con la crisis de endeudamiento externo y las medidas de ajuste –dictadas por los organismos multilaterales del Consenso de Washington–, en la que se estableció, entre otras disposiciones, la reducción del tamaño del Estado, la reducción del gasto social y la priorización del pago de la deuda externa (De la Vega, 2002). En el Ecuador esto se tradujo en duras cifras para la economía como lo resume Alberto Acosta (2006):

Luego de un prolongado período de estancamiento desde 1982, al año 1999 se le recordará por registrar la mayor caída del PIB. Este declinó en 7,3% medido en sucres constantes y en dólares en 30,1%, de 19.710 millones pasó a 13.769 millones de dólares. El PIB por habitante se redujo en casi 32%, al desplomarse de 1.619 a 1.109 dólares.

El país experimentó el empobrecimiento más acelerado en la historia de América Latina: entre el año 1995 y el año 2000, el número de pobres creció de 3,9 a 9,1 millones, en términos porcentuales de 34% al 71%; la pobreza extrema dobló su número de 2,1 a 4,5 millones, el salto relativo fue del 12% a un 31%. En estas condiciones se registró un deterioro acelerado de los índices de bienestar. El ingreso por habitante del Ecuador alcanza apenas un 43% del promedio latinoamericano.

Estas medidas económicas fueron implementadas casi siempre por los representantes de los partidos que estaban en el poder –desnaturalizando muchas veces sus ideologías– y que habían retomado las riendas del Estado a finales de los setenta, por lo que la asociación entre partidos, pobreza y crisis comenzó a desarrollarse. Lo que da paso al fortalecimiento de los movimientos sociales (Montúfar 2004; Mayorga 1997) como una respuesta a todos los problemas. Entonces, tanto para la izquierda como para la derecha los partidos resultaban incómodos para el ejercicio de la política... Para los unos porque simbolizaban la imposición neoliberal y para los otros porque los acusaban de ineficiencia y burocratización.

Fue en este ambiente de desconcierto y cuestionamiento máximos del Estado que se desarrolló el Programa de Liderazgo Integrador, que estaba, como se ha explicado en este trabajo, enfocado en el análisis y búsqueda de soluciones a esa crisis política que ahogaba al

país a fines de los noventa. ¿Cuál fue la propuesta en términos políticos? Aunque nunca se delineó con precisión un proyecto alternativo de toma del poder, los testimonios y los pensum de trabajo muestran que la perspectiva era “antipolítica”, en tanto que negaba la legitimidad de la representación de los partidos políticos y de la viabilidad de la democracia con el sistema tradicional –los testimonios de los participantes redundan al respecto–. En las capacitaciones se esbozaba la posibilidad que a través de la representación de los grupos que acudían a los talleres –sean étnicos, de género o profesionales– se abría un camino hacia la democracia directa, es decir sin la intermediación de los partidos políticos.

En el Ecuador la “antipolítica” concebida como una democracia directa, sin la intermediación de los partidos, ha sido una constante (De la Torre 2015, 108). José María Velasco Ibarra, cinco veces presidente ecuatoriano, mantuvo siempre un discurso antipartidos y antipolítica (Montúfar 2004, 133; De la Torre 2015, 300, Sánchez 2008, 38). Según De la Torre (2015, 77), este escenario ya no tenía cabida para los “analistas políticos modernizantes” luego del retorno a la democracia. La falta de competencia de los partidos políticos para canalizar los pedidos ciudadanos y mantener la gobernabilidad, y por ende su legitimidad –enumerados en el subcapítulo anterior– reabrieron la puerta a la antipolítica. Así el Latinobarómetro –una encuesta sobre democracia e instituciones realizada a nivel continental– de 1999 mostraba cómo para los ecuatorianos la sociedad política (partidos políticos, alianzas interpartidistas, el Congreso y el sistema electoral) estaba totalmente desacreditada, y la aprobación de estas instituciones variaba entre el 1 y el 4%.

Nuevamente este no es un fenómeno local y ha tenido diversas manifestaciones. La antipolítica y el cuestionamiento a la representatividad democrática se han dado como respuestas cíclicas de todas las sociedades ante las crisis, y surgieron en todos los regímenes democráticos a lo largo del siglo XX. De hecho, fueron los antepasados de muchas de las democracias más estables de Occidente. En la reacción antipolítica, el origen de los conflictos se atribuye únicamente al sistema representativo y a los partidos, históricamente esta posición ha dado paso a los sistemas autoritarios como lo analiza Michael Hogan: “Anti-politics, in the sense of distrust of deliberative elections, competing political parties, and representative democracy, has also been one of the defining characteristics of authoritarian regimes both of the Communist and anti-Communist kinds” (2007, 3).

En efecto, los regímenes nazi y fascista se aprovecharon de las crisis de sus países y se erigieron como salvadores a través de la antipolítica para dar una solución a sus poblaciones. El crecimiento económico europeo de la posguerra, el desarrollo industrial y el afincamiento del sistema de educación eliminaron por unas décadas las divisiones que producía la escisión antisistema que en su tiempo azuzaron Hitler y Mussolini (Berger 1969). Este no cuestionamiento al sistema político tradicional duró poco, dos décadas. Con la crisis económica de los años setenta y el desarrollo de una sociedad civil muy organizada, el fenómeno tomó otra expresión, dando más cabida a la Sociedad civil sobre el manejo del Estado y de la política tradicional, “The protesters of the sixties were the first to express that rejection of the state which was to become the common core of belief of much of the new politics in Western Europe” (Berger 1969, 33). Con la constatación de que el crecimiento el bienestar no serán infinitos, la política tradicional europea ha vuelto a ser cuestionada porque no puede procesar los nuevos problemas de la sociedad, “The new agents, conflicts and values are political; but they cannot integrated into traditional political institutions” (40).

Esto explicaría por qué también en las democracias occidentales (Echeverría, 2001, 45) y en las últimas elecciones estadounidenses la opción antipolítica ha sobresalido.

En América Latina este camino antipolítico, que nace de la incapacidad de los agentes políticos (partidos, burocracia y legislatura (Berger 1979)) para encontrar objetivos comunes con la población, ha provocado un rechazo al sistema, a sus herramientas y a sus principios básicos, como lo explican Koeneke y Varnagy (2012, 17):

La antipolítica implica un rechazo a la política como un proceso de negociación y compromisos, mediado por instituciones y dirigentes fundamentalmente partidistas, a través de la articulación y la agregación de intereses. Las posibles razones de ese rechazo [...] incluyen el desengaño o la desilusión ciudadana ante la ineficiencia y la corrupción imperantes; la creencia de que siempre existen soluciones simples y expeditas para cualquier problema; y la convicción de que los compromisos o acuerdos implican la denegación de valores absolutos.

Por eso ante las crisis política y económica que enfrentaban los países de América Latina a finales de los ochenta y noventa, que eran democracias apenas reconstruidas a finales de los 70, la reacción antipolítica era generalizada. Montúfar sostiene: “en varios países andinos la inestabilidad política de los años 90 trajo consigo una profunda crisis de las estructuras partidarias tradicionales y el fortalecimiento de discursos antipolíticos que

desvalorizaron la política representativa” (2004, 133). En Venezuela (Koeneker y Varnagy 2012)(Barbera y Rivas Leone 2012), Bolivia (Mayorga 1995) y Perú (Echeverría 2004) esta corriente se extendió y dio paso a gobiernos que se presentaron como una opción por sus planteamientos antipolíticos, es decir antisistema y antipartidos. En estos países llegaron al poder candidatos que no salían de los partidos políticos tradicionales, conocidos como *outsiders*, asimilando su presencia a una pureza ética ya que no estaban conectados con una élite política tradicional que se había deslegitimado. En Venezuela (Hugo Chávez, 1999), Bolivia (2006) y Ecuador (2007) llegaron con la firme promesa de cambiar ese sistema a través de reformas políticas a través de asambleas constituyentes.

Es así que la antipolítica ha entrado en las democracias como parte del sistema, al respecto Mayorga concluye:

En varios países y con matices diferenciados, se ha producido más bien paradójicamente una ‘política antipolítica’, cuyo núcleo es una política electoral llevada a cabo por actores ajenos al sistema partidario que compiten en el juego electoral con recursos sacados del arsenal de la crítica contra los partidos y las élites políticas establecidas. Esta política se desarrolla en el terreno de la democracia, pero atacando implacablemente a sus protagonistas principales, los partidos (1995,1).

Estas prácticas han pasado a manejar los Estados, es decir los antipolíticos pasan a ser parte del sistema a través de varias posturas, como lo explican Koeneker y Varnagy (2012, 2) para el caso venezolano:

Al analizar el rechazo a la política democrática, que entre otras formas se manifiesta en la crítica abierta a los partidos y a las instituciones gubernamentales, en los sentimientos de impotencia frente a los funcionarios del Estado, en la no participación en asuntos públicos y en la abstención electoral, puede estar, y a menudo está, acompañado de estrategias o acciones alternativas para cambiar el establishment político. Una de ellas es la de destronar y abolir la política o reducirla su mínima expresión, por considerarla invasiva del ámbito privado y, a la vez, innecesaria. Postura esta, por cierto, que ha llegado a ser equiparada con el anarquismo. La otra estrategia es la de ‘colonizar’ la política a través, por ejemplo, de lo que él denomina ‘antipolítica instrumental’, es decir, mediante la designación de expertos tecnócratas en todos o en la mayoría de los cargos gubernamentales, con lo que la política queda reducida simplemente al ‘cálculo de los medios adecuados’.

En el Ecuador a fines de los noventa en una sociedad convulsionada, con un pasado político complejo de frustración y exclusión, pero al mismo tiempo más moderna y urbana, se gestaba la idea de una participación directa para mejorar la democracia, obviando la mediación de los partidos políticos. Esta perspectiva se evidencia en el discurso que

prevaleció en el proyecto del Liderazgo Integrador, donde surgen nuevas propuestas, de temas como el desarrollo sostenible o la igualdad de género. Y es la opción antipolítica también refleja un cambio en los valores en la representatividad política y el comportamiento de los electores “por los cuales los electores identificados con los partidos son desplazados por electores que votan por determinados temas; la emergencia de nuevas prioridades y problemas no considerados por los partidos tradicionales como los temas ecológicos [sic] y de género” (Mayorga 1997, 12).

Los movimientos y organizaciones sociales, los académicos y la ciudadanía buscaban formas de organización propia alejados del sistema de los partidos tradicionales. De hecho, la sociedad civil comenzó a asimilarse como una respuesta antagónica, positiva, a la sociedad política. En el proyecto de Liderazgo Integrador tanto los estudios de caso como el currículo de los talleres se enfocaban al trabajo exclusivo de la sociedad civil sin la mediación de una sociedad política. ¿Es eso posible? ¿Es viable hacer política de esa manera?

4. Cuando antipolítica y representación directa confluyen

En la campaña electoral de 2006 –luego de la destitución de Lucio Gutiérrez en 2005, la tercera en una década– el gran aglutinador de la sociedad civil, que emergió con más fuerza desde la caída de Gutiérrez, fue la posibilidad de una convocatoria a una asamblea constituyente, un borra y va de nuevo con el pasado político.

Esta corriente (De la Torre 2015, 162) llevó al poder Rafael Correa Delgado, un joven economista desconocido y sin pasado político partidista –había saltado a la palestra pública como Ministro Economía en la presidencia de Alfredo Palacio, cargo en el que duró tres meses en 2005–. El haber aceptado la convocatoria a una constituyente como la base de su campaña le permitió aglutinar a movimientos sociales de la Costa y de la Sierra, en el Movimiento Alianza PAIS (Vistazo 2006), y llegar como finalista en la primera vuelta contra otro candidato que en su tiempo fue un *outsider*, el millonario Álvaro Noboa.

El eje movilizador de la campaña fue el planteamiento de una “revolución ciudadana”, una propuesta explícita de poner de lado a la política tradicional, lo cual entra en los parámetros citados en el subcapítulo anterior son parte de la antipolítica. “El cambio de perspectiva visual del Estado a la sociedad civil nos obliga a aceptar que existen otros centros

de poder además del Estado”, sostiene Bobbio (2001, 66) en su análisis sobre la función de la sociedad civil, y ese era el mensaje político que Alianza PAIS logró transmitir y divulgar durante la campaña de 2006. Correa ni siquiera presentó candidatos a la diputación, un símbolo más del rompimiento con las prácticas políticas tradicionales y de los partidos, nuevamente un principio antipolítico. Aunque en un principio Correa iba a correr bajo el número y símbolo del Partido Socialista, si no lograba calificar a su movimiento en el Tribunal Supremo Electoral.

De hecho, para subrayar la consistencia de su promesa de campaña, el segundo decreto ejecutivo de Correa, firmado el 15 de enero de 2007, fue la convocatoria a una consulta popular para instaurar una Asamblea Constituyente con plenos poderes. Luego de cuestionadas maniobras con los diputados, ya que él no tenía ningún representante en el legislativo, consiguió la mayoría (El Universo 2007) en el Congreso Nacional, y logró convocarla. Tres procesos electorales se sucedieron entonces: la consulta popular aprobatoria para la Constituyente, el 15 de abril de 2007, aprobado por el 81% de los votantes; la elección de asambleístas constituyentes, el 30 de septiembre de 2007, en que el Movimiento PAIS ganó el 60,7 % de las curules; y la ratificación de la nueva Constitución, el 28 de septiembre de 2008, que ganó con el 64% de los votos. (El Universo 2007 y 2008)

El Congreso Nacional fue cesado el 29 de noviembre de 2007, cerrando así el ciclo de lo que había considerado “la partidocracia”, una palabra vulgarizada para descalificar el manejo de la política por los partidos.

Los planteamientos de Alianza PAIS prevalecieron en la Constituyente, por su fuerza numérica –79 de los 130 asambleístas, 37 eran de partidos políticos y 14 de otros movimientos– los asambleístas de PAIS ocuparon la presidencia y la vicepresidencia del 90% de las 10 mesas de trabajo en la que se dividió la labor de la nueva constituyente. Dos de esas mesas estuvieron presididas por talleristas del PLI (tabla página 45). Entre las reformas políticas se posicionaron todas las herramientas de la democracia directa, es decir además de la representación directa, el referéndum y la revocatoria del mandato (Bobbio 2001, 54), que en parte han sido esgrimidas como herramientas de la premisa antipolítica (Innerarity 2014, 1114).

En esta misma línea, uno de los cambios estructurales que la Asamblea estableció en la veintava Constitución ecuatoriana fue la instauración de cinco poderes: a los tres clásicos (Ejecutivo, Legislativo y Judicial) se suman el Electoral y la Función de Transparencia y Control Social. Con este último se institucionalizó la participación ciudadana (representada en movimientos de la sociedad civil) y se la proclamó como el zénit de la democratización.

Con el nuevo ordenamiento jurídico, la participación ciudadana está representada en el Consejo de Participación Ciudadana y Control Social (CPCCS) conformado por siete consejeros provenientes de los movimientos sociales y seleccionados por concurso de méritos organizado por el Poder Electoral. El objetivo del Consejo de Participación, según su página institucional, es: “la promoción, difusión y organización de la participación ciudadana, de una manera desconcentrada, la coparticipación para que la ciudadanía denuncie actos de corrupción”.

Pero, y sobre todo, el CPCCS se encarga de la designación del procurador; de los superintendentes de Bancos y Compañías; de la Defensoría del Pueblo; de la Defensoría Pública; de la Fiscalía General del Estado, de la Contraloría General del Estado; de los miembros del Consejo Nacional Electoral, Tribunal Contencioso Electoral y Consejo de la Judicatura. Es decir, el CPCCS establece quiénes serán las autoridades de control del Estado, eje fundamental para el equilibrio y vigilancia del poder. Una función que antes de la Constitución de 2008 estaba a cargo del Legislativo. Con la creación del quinto poder se cambió el eje de la representación democrática, antes realizada por delegación en el poder Legislativo y a hora a cargo de una “representación directa” de la sociedad civil institucionalizada. Con esta institución se instauraron los principios antipolíticos antes definidos, es decir la negación la política tradicional mediada a través de la representación de los partidos, en favor de la “representación de la sociedad civil” ¿Es en realidad esta representación directa de los movimientos sociales una ampliación de la democracia? ¿O una sociedad civil institucionalizada es un oxímoron que puede afectar la calidad de la democracia?

La nueva constitución fue aprobada con el 64% de los votos y entró en vigencia el 20 de octubre de 2008. Para unos esta acogía las instituciones de la democracia directa y era pródiga en derechos ciudadanos, es decir era más democrática y progresista, para otros era

en cambio fuertemente presidencialista, porque, entre otras, tenía un Legislativo disminuido en sus capacidades en función del nuevo CPCCS.

El nuevo sistema institucional en todo caso englobaba las premisas antipolíticas (en tanto que detractoras de las prácticas políticas tradicionales) por las cuales la sociedad civil ecuatoriana había debatido por muchos años. Dolores Padilla, ante la pregunta de cuánto influyó el Liderazgo Integrador en estos planteamientos de representación directa y rechazo a los partidos tradicionales y sus prácticas que llegaron a la Constituyente, recuerda: “De lo que se trató es de ciudadanos con derechos que podrían tener la misma simetría y sentarse en las mismas condiciones, especialmente de información a dialogar. Creo que en el fondo el tema es esto, las relaciones entre los subordinados y los dominantes frente a una relación de ciudadanos con derechos. Aquí está el eje conceptual del tema, mi proceso de formación era un proceso pedagógico para fortalecer al sujeto de derechos. Muchos llegaron a la Constituyente, no fue en vano el trabajo del PLI, el condumio de la Constitución de la participación ciudadana viene de ahí, para el desarrollo y para lo que ahora llamamos el buen vivir”.

“Era una coyuntura especial donde la gente estaba buscando respuestas. De alguna manera fue la Constituyente donde pusimos todos los huevos de esa canasta, entonces ese proceso leyó la inconformidad, era un quiebre y una ruptura. Todo eso se englobó en el rollo de la Revolución Ciudadana, la propuesta de la constituyente movilizó varios sectores y Correa lo que supe es utilizar ese valor simbólico como una herramienta política, y todos más allá de las diferencias”, explica Norman Wray a la misma pregunta.

Sin embargo, sus propios creadores ven para atrás y, luego de su paso por el poder político, desestiman esta nueva forma de representación de la sociedad civil a partir del CPCCS, para ellos la institucionalización de la participación es un fracaso. Alexandra Ocles, asambleísta en la Constituyente de 2008, asegura: “si algún día me voy al infierno es por haber pensado en ese bendito Consejo de Participación Ciudadana”. Malki Sáenz sostiene: “la participación no puede ser institucionalizada de la forma que quisimos institucionalizarla. No funciona porque termina en la misma cooptación de la cual discutimos hace 10 o 20 años atrás”. Y Juan Sebastián Roldán dice: “Existe el abuso político de la participación, hay cosas que no se pueden consultar. Los derechos no se pueden consultar o sea la participación tiene

que tener un límite en la representación. Esto nos tocó vivir a la fuerza... No se puede usar la participación usando la política de la manera más aberrante y horrible”.

Una constatación que también se ha planteado desde lo teórico: Whaites sostiene que “adoptar un perfil de sociedad civil carente de críticas, puede hacer más daño que bien, especialmente en contextos sociales heterogéneos (2002, 143). Para Mayorga (1995, 4) este tipo de cambios antipolíticos en realidad no dan más ventajas a la democracia, sino que favorecen la concentración del poder: estas prácticas pueden amenazar gravemente a la democracia:

Los peligros que provocan la antipolítica y el neopopulismo están a la vista de todos: el retorno de liderazgos verticales y mesiánicos, la democracia plebiscitaria, la utopía de la identidad entre Estado y pueblo encarnada en líderes providenciales, el desplazamiento de las tendencias hacia la construcción de democracias representativas por democracias presidencialistas altamente dependientes de 'líderes históricos'. Todos estos son –valga la pena destacar– riesgos que reavivan bajo nuevas circunstancias la tradición política predominante en América Latina de origen más rousseauniano y tomista que representativo y pluralista [...] No es la primera vez, ni seguramente será la última, que los partidos estén bajo el acecho de fuerzas antipartido. Klaus von Beyme ha llamado la atención sobre ‘la paradoja de la democracia moderna’: el hecho de que las teorías izquierdistas de la crisis de legitimación y los teoremas conservadores de la derecha acerca de la ingobernabilidad han puesto en la picota a los partidos decretando su declinación inevitable. El acoso no ha sido sólo teórico. De hecho, los movimientos sociales de los años sesenta y setenta fueron factores serios que disputaban a los partidos su campo de acción y su legitimidad como actores políticos. El movimiento estudiantil, por ejemplo, se entendía a sí mismo como una "oposición antiparlamentaria". Los teóricos de la decadencia histórica de los partidos políticos como Claus Offe argumentaban que los movimientos sociales erosionaban la base territorial de la representación.

Aunque son pocos años de su institucionalización, la creación de este nuevo poder ha demostrado que en realidad fue cooptado por quienes apoyaban al gobierno. La intrincada manera para elegir a los delegados no ha motivado una mayor participación de la sociedad civil. En realidad terminó otorgando mayores poderes a la función presidencial ya que es esta la que decide las asociaciones que conforman el CPCCS. Con la nueva estructura los aspectos positivos del sistema de partidos, de pesos y contrapesos, fueron eliminados. Es decir, los nuevos pivotes de la democracia terminaron convirtiéndose en su veneno.

Conclusiones

¿Cómo se instauró la narrativa que la sociedad civil debe irrumpir en la política a través de ONG, de programas de cooperación y de movimientos ciudadanos? El recorrido del Programa de Liderazgo Integrador y el análisis de las distintas aproximaciones académicas, expuestas en este trabajo, develaron algunas respuestas a la pregunta de investigación, y además permitieron el reconocimiento de los orígenes del sistema político desarrollado en el Ecuador desde 2008.

Así se puede concluir que en el proyecto de Esquel confluyeron las tendencias de la década los noventa del siglo pasado sobre cooperación internacional para el desarrollo y la tradición antipolítica del Ecuador.

En efecto, la iniciativa de Esquel era una respuesta contemporánea a la crisis política y social de fines del siglo pasado. Aunque siempre estuvo enfocado en la perspectiva e identidad nacionales, el proyecto de Esquel se enmarcó en la corriente internacional de intervención de las ONG en países en desarrollo para mejorar la gobernabilidad. Este promovía a las ONG, como ramificaciones de la sociedad civil, como agentes idóneos para implementar las bases del buen gobierno y la gobernabilidad. Un eje fundamental de la cooperación para el desarrollo Norte Sur a nivel continental y global en la década de los noventa del siglo pasado.

Como la construcción del proyecto trataba de llenar el vacío de poder y de representatividad de los partidos políticos, la tradición antipolítica ecuatoriana se articuló con ventaja en este espacio. Así a lo largo del programa los tipos de liderazgo ideal son planteados al margen de los liderazgos políticos, asumidos siempre como caudillistas; a pesar de que lo que se buscaba era una incidencia en el bien común, es decir el trabajo de la política. El alejamiento de la política tradicional en la construcción del proyecto fue paulatino, la perspectiva antipolítica se fue acrecentado en el tiempo basado en una nueva forma de representación, lo que se evidencia en la metodología utilizada en las tres etapas del “Bridging Leadership”.

En la etapa inicial –el “Bridging Leadership” a secas– se apuntaba a trabajar con los gobiernos seccionales, considerados más eficientes. De hecho, el trabajo comenzó con el

esquema de la U o de la V, la metodología elaborada con Synergos en el “Bridging Leadership”, que fue conceptualizada para la resolución de problemáticas concretas (por ejemplo, las altas tasas de mortalidad materno infantil en Filipinas o la pandemia de niños con HIV en Sudáfrica). Este procedimiento promovía la labor conjunta entre la sociedad civil, el sector público y los interesados. En el caso de un tema bastante más etéreo, donde se cuestiona lo público, ¿cómo se podía aplicar? Es por eso el proyecto tomó tiempo para asentarse y fue alejándose de este esquema, y la participación del sector público fue prácticamente eliminado.

Con las dos etapas subsecuentes, el Liderazgo Movilizador y el Liderazgo Integrador, el discurso de la representación directa de la sociedad civil se fortaleció y se convirtió en el eje central de los encuentros. Las herramientas utilizadas –una malla curricular que iba de lo más subjetivo (el individuo) a los problemas de la política nacional, la elaboración de una agenda nacional creada a partir de las ideas de unos pocos jóvenes o de unos pocos gestores sociales, substituyendo y no reforzando el sistema de partidos– permitieron la conceptualización de una nueva forma de representación, donde la sociedad civil se convertía en la regente de las necesidades e intereses de todos los ciudadanos.

¿Quién mediaría si los intereses de movimiento social u ONG se contraponían, función dirimente que en teoría atañe a los partidos? ¿La ausencia de un intermediario podía derivar en nuevas formas de autoritarismo? Esas problemáticas no se planteaban en ese momento. La necesidad de una participación más horizontal de los ciudadanos y la miopía de los partidos permitieron que el discurso de la sociedad civil como verdadera representante de los ciudadanos, a pesar de ser una entidad sin límites definidos, fuera difundándose. Un discurso que tomó forma en los medios de comunicación y al interior de los diversos movimientos.

Estas expresiones se evidencian en la presente investigación con los testimonios de los talleristas, donde la construcción del bien común, con temas que abarcan la política pública, se tratan de solucionar únicamente a partir de la propia sociedad, y no en colaboración con los representantes políticos.

El fracaso y la desconexión de los partidos, reducidos a maquinarias electorales y clientelares, reforzó la perspectiva sobre la mala representación y acentuó la reacción

antipolítica. El Ecuador de fines de los noventa era un país con crisis cíclicas institucionales tan fuertes que al cabo de 25 años del regreso a la democracia seguía sin creer en el sistema de partidos. Así se evidencia, por ejemplo, en los orígenes de la Ruptura de los 25: cuando el movimiento, aún en ciernes, hizo su primera manifestación pública lanzó su consigna ¿Quién jodió al país? Su respuesta era: los políticos que han estado en el poder durante los últimos 25 años de democracia... Podemos inferir, entonces, que antes de 1979, ¿el país funcionaba o los ciudadanos eran mejor representados con las dictaduras? Una tendencia antipolítica que existía de formas diversas en varios estamentos de la sociedad, y que en el caso de este movimiento de jóvenes tomó su forma más mediática y llegó a su cumbre en abril 2005 con las consignas de los Forajidos, que pedía a los políticos “que se vayan todos”. ¿El discurso que se había gestado en los talleres se reprodujo con rapidez? ¿O los talleres reproducían el discurso que ya tenía fuerza en las organizaciones sociales? Un dilema circular. En todo caso la red se fue tejiendo y se reprodujo con fuerza debido a todos los antecedentes expuestos.

Así las manifestaciones antipolíticas, que buscaban una nueva forma de representación y que se multiplicaban en el país, como lo demuestran los testimonios de los entrevistados, llevaron a la búsqueda de soluciones en nuevas fórmulas, asumidas como más contemporáneas.

Esta corriente, exacerbada en los medios de comunicación y por los políticos (basta ver la larga lista de outsiders que llegaron a la segunda vuelta en los últimos diez años), llevó a la Constitución de 2008, asentada en los principios ya citados. La institucionalización jurídica de la participación directa creó al Consejo de Participación Ciudadana y Control Social. ¿Esta teórica representación directa derivó en una democracia fortalecida? Desde la vigencia de la nueva Constitución el resultado fue la cooptación del quinto poder por parte del Ejecutivo, los delegados del Consejo han sido, en su mayoría, delegados de organizaciones alineadas con el régimen y que se convirtieron en amplificadores de sus perspectivas e intereses. Las voces disidentes de unos pocos consejeros han sido castigadas, acalladas y perseguidas. Entonces, la supuesta participación directa derivó, como se temía, en una concentración de poder y en el fortalecimiento del autoritarismo. Tanto que hasta sus creadores se reprochan por su creación e institucionalización, lo testimonian sus declaraciones para este trabajo.

Así esta investigación, en su limitado recorrido, muestra cómo una interpretación anacrónica, como la de la construcción de la política sin política o de una representación apolítica para la política, puede llevar a una democracia entrampada.

Lista de referencias

- Acosta, Alberto, Susana Olivares, y David Villamar. 2006. “La contribución de las remesas a la economía ecuatoriana”. En *Crisis, migración y remesas en Ecuador; ¿una oportunidad para el codesarrollo*, Editado por Alberto Acosta. Cideal.
- Arellano-López, Sonia, y James Petras. 1994. “La ambigua ayuda de las ONGs en Bolivia”. *Nueva Sociedad*, No.131: 72-87.
- Banco Mundial. 2004. *Informe: Evaluación de la pobreza*. Colombia: Banco Mundial y Alfaomega colombiana S.A.
- Berger, Suzanne. 1979. “Politics and antipolitics in Western European in the Seventies”. *Daedalus* Vol. 108, No. 1, Looking for Europe 27-50.
- Bobbio, Norberto. 2007. *Diccionario de la política*. Madrid: Siglo XXI de España.
- . 2002. *Estado, gobierno y sociedad, por una teoría general política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- . 2001. *La teoría de las formas de Gobierno en la historia del pensamiento*. México: Fondo de Cultura Económica.
- . 2001. *El futuro de la democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Brown, David. 2015. “Bridge Building for Social Transformation”. *The Stanford Social Innovation Review*, Winter 2015: 34-39.
- . 2006. *La disputa por la construcción democrática en América Latina*. México: FCE, CIESAS y Universidad Veracruzana.
- De la Torre Espinosa, Carlos. 2015. *De Velasco a Correa, Insurrecciones, populismo y elecciones*, Dagnino, Evelina, Alberto Olvera y Aldo Panfichi 1994-2013. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, y Corporación Editora Nacional.
- De la Vega, Pablo. 2002. “Deuda externa y migración”. Derecho al desarrollo en condiciones de Globalización. Accedido 4 de febrero de 2018. <http://portal.uasb.edu.ec/UserFiles/369/File/PDF/CentrodeReferencia/Temasdeanálisis2/derechoaldesarrollo/articulos/.pdf>.
- Echeverría, Julio. 2007. “La democracia difícil: neopopulismo y antipolítica en Ecuador”. *Íconos Revista de Ciencias Sociales*, No. 27: 28-35.

- . 2004. Crisis y reconversión política en América Latina. *La Tendencia*, No.1: 42-52.
- El Universo, 2011. “Ruptura de los 25 decidió esta mañana separarse del Gobierno”. 28 de enero.
- . 2008. “Aprobada nueva Constitución”. 29 de septiembre.
- . 2007. “TSE oficializa la conformación de la Asamblea Constituyente”. 19 de noviembre.
- . 2007. Más del 81% votó por Asamblea en Ecuador. 17 de abril.
- Ferguson, James. 1990. *The Anti-Politics Machine: "Development," Depoliticization and Bureaucratic Power in Lesotho*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Freidenberg, Flavia, y Manuel Alcántara Sáez. 2001. *Los dueños del poder: los partidos políticos en Ecuador (1978-2000)*. Quito: Flacso, Sede Ecuador.
- Graff, Agnieszka, y Sonia Dayan-Herzbrun. 2009. “Qu'en est-il de la société civile? Politique de l'antipolitique”. *Tumultes No. 32/33, Au cœur de l'Europe quand un monde s'est écroulé: En guise d'anniversaire: 255-263*.
- Hernández Arteaga, Laura. 1993. “Notas sobre la concepción de sociedad civil en Hegel y Gramsci”. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, Vol. 38, No. 151:119-130.
- Hurtado, Osvaldo. 1990. *Política Democrática, los últimos veinte y cinco años*. Quito: Corporación Editora Nacional y FESO.
- Innerarity Daniel. 2014. “Democracia sin política: ¿Por qué la democracia puede perjudicar seriamente a la democracia?”. *Ética & Política / Ethics & Politics*, XVI 2:1122-1137.
- Koeneke, Herbert, y Daniel Varnagy Rado. 2012. “La desconfianza interpersonal e institucional, los sentimientos de ineficacia política y el surgimiento de la antipolítica en Venezuela”. *Cuadernos Unimetanos*, No.30: 16-24.
- Laclau, Ernesto. 2005. *La razón populista*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mayorga, René Antonio. 1995. *Antipolítica y neopopulismo en América Latina*. La Paz: Cebem.
- Menéndez Carrión, Amparo. 1986. *La conquista del voto en el Ecuador: de Velasco a Roldós el suburbio guayaquileño en las elecciones presidenciales*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Montúfar, César. 2004. *Gobernabilidad y participación*. Quito: Fondo Editorial Letras. AH Editorial.

- Pachano, Simón. 2007. *La trama de Penélope, procesos políticos e instituciones en el Ecuador*. Quito: FLACSO, Sede Ecuador.
- Quentin, Aurélie. 2005. “ONG et politiques publiques d’habitat urbain: réflexions à partir de l’Équateur et du Venezuela”. *Presses de Sciences Po (P.F.N.S.P.)*, No. 35: 39-56
- Quintero, Rafael. 1980. *El mito del populismo en Ecuador*. Quito: FLACSO, Sede Ecuador.
- Rancière, Jacques. 2005: *La Haine de la démocratie*, París: La Fabrique.
- Revista Vistazo, 2006, “El enterrador de dinosaurios”. 03 de marzo: 19-20.
- Rivas Leone, José Antonio. 2012. *La experiencia populista y militarista en la Venezuela contemporánea*. Mérida, Venezuela: Universidad de los Andes.
- Sánchez, Francisco. 2008. *¿Democracia no lograda o Democracia malograda? Un análisis del sistema político del Ecuador, 1979-2002*. Quito: Flacso-Instituto Interuniversitario de Iberoamérica.
- Sartori, Giovanni. 1999. *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Sorj, Bernard. 2007. “¿Pueden las ONG reemplazar al Estado?”. *Nueva Sociedad* No.210: 128-140.
- Taylor S.J. y Bogdan, Robert. 2002. *Introducción a los métodos cualitativos de la investigación*. Barcelona: Paidós.
- Thompson, Kathleen y Hill, Gerald. 2001. *The facts on file dictionary of American politics*. NY: Checmark Books.
- Vargas, Ileana. 2012. La entrevista en la investigación cualitativa: nuevas tendencias y retos. *Revista Calidad en la Educación Superior*, Vol.3. No.1: 119-139.
- Whaites, Alan. 2002. “Puntualizando sobre la sociedad civil: las ONG, el Estado y la teoría política”. En *Desarrollo, ONG y Sociedad Civil*, Editado por Jenny Pearce, 137-157. Barcelona: Oxfam.

Documentos

Informe anual Liderazgo Integrador 2001, 2002, 2003, 2004, 2005.

La Acción en democracia, informe general de las actividades de Esquel,

Perfil del Programa de Liderazgo Integrador

Presentación institucional del Programa de Liderazgo Integrador 2003.

Entrevistados

Boris Cornejo

Dolores Padilla

Fernando Moncayo

María Paula Romo

Norman Wray

Malki Sáenz

Pablo Osorio

Juan Sebastián Roldán

Germán Flores

Alexandra Ocles

Luis Macas

Andrés Hidalgo

Virginia Andrade

Fabián Corral